

LUIS MARÍA MARTÍNEZ

*El Espíritu Santo
y la oración*



PATMOS
LIBROS DE ESPIRITUALIDAD

RIALP

EL ESPÍRITU SANTO Y LA ORACIÓN

Luis M. Martínez

EL ESPÍRITU SANTO Y LA ORACIÓN

EDICIONES RIALP, S.A.
MADRID

© 2017 de la presente edición, *by*
EDICIONES RIALP, S. A., Colombia, 63.
28016 Madrid
(www.rialp.com)

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopias, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir, fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-321-4888-0

ePub producido por Anzos, S. L.

PRIMERA PARTE

NATURALEZA DE LA ORACIÓN

Cuando se contempla con atención y con amor una obra maestra, por ejemplo, una magnífica catedral, se comienza por admirar el prodigioso conjunto, y se siente la impresión de unidad y de armonía que aquella obra de arte produce en nuestro espíritu; y después de haber contemplado el conjunto bellísimo, sentimos la necesidad de ir admirando cada uno de los pormenores que la componen, y de una manera especial nos sentimos inclinados a estudiar de preferencia el elemento artístico, que es como inspirador de toda aquella obra que tan honda impresión produce en nuestro espíritu.

Así acontece cuando con ojos profundos —con los ojos iluminados de nuestro corazón, como dice el Apóstol san Pablo—, contemplamos esa obra magistral del Espíritu Santo, esa obra maravillosa, que es *La Vida Espiritual*.

La última vez que tuve la satisfacción de hablar en estos días de preparación para la gran solemnidad de Pentecostés^[1], procuré mostrar el grandioso conjunto de la vida espiritual; señalé los designios amorosos de Dios, que quiso participar a la pobre criatura humana su propia felicidad; dije cómo para realizar aquel pensamiento maravilloso de Dios era preciso que santificara nuestra actividad y que divinizara nuestra naturaleza, y procuré exponer el divino procedimiento por el cual se diviniza nuestra alma, se diviniza nuestra actividad y nos preparamos para la divinización de nuestra dicha en la eternidad feliz.

Ahora quiero, con la ayuda de Dios, tratar de esa misma obra maravillosa del Espíritu Santo, de nuestra vida espiritual; pero quiero considerar en ella un elemento que es importantísimo, que pudiéramos decir que es el inspirador de toda la armonía, el principio de unidad, la clave de esa obra maravillosa; esto es, quiero hablar de la oración, de la oración considerada en un sentido amplio, en un sentido divino, como el elemento esencial de la vida cristiana, como el principio de unidad que va realizando en nuestra alma la obra prodigiosa del Espíritu Santo.

No quiero decir con esto que para la vida espiritual baste con la oración; se necesitan, sin duda, otros elementos; pero el elemento positivo, pudiéramos decir, el elemento director, es precisamente la oración. Quiero mostrar, desde luego, cómo la oración es el principio esencial y positivo de la vida espiritual, y cómo el Espíritu Santo es el gran inspirador, el gran director de ese procedimiento divino, por el cual nos vamos constantemente acercando a Dios y transformando en Él.

¹ Véase “La Vida Espiritual”, por el mismo autor, 3.a parte. *El Espíritu Santo y la Vida Espiritual*, págs. 137-204.

1. LA VIDA ESPIRITUAL ES LUZ

En efecto, la vida espiritual puede concebirse de dos maneras; primeramente, como una *obra de luz*, como una luz celestial que va poco a poco iluminando nuestro espíritu y que nos va haciendo subir por una escala luminosa hasta una cumbre excelsa.

El Apóstol san Pablo, con su lenguaje enérgico y adecuadísimo, con sus fórmulas precisas, breves, sintéticas, nos expresó este aspecto de la vida espiritual cuando nos dijo esta frase sublime: *Nos vera omnes. Revelata facie gloriam Domini speculantes, in eamdem imaginem transformamur a claritate in claritatem, tamquarn a Domini Spiritu*, «Nosotros, contemplando la gloria de Dios, nos transformamos en la misma imagen, de claridad en claridad, por la obra del Espíritu de Dios»[2].

Verdaderamente, la vida espiritual, si bien se comprende, no es otra cosa sino una marcha triunfal de luz, o más bien dicho, como lo expresó el Apóstol, una transformación de luz que se realiza en nuestra alma; porque no solamente somos iluminados, sino que somos transformados. La luz divina no solamente ilumina nuestros senderos, sino también transforma nuestro ser, nos hace luminosos, nos hace celestiales y va haciendo pasar nuestra alma, de etapa en etapa, de claridad en claridad, hasta llegar a transformarnos, con una divina transformación de luz, en Jesucristo.

Porque la vida cristiana a eso tiende, a transformarnos en nuestro Señor, a hacer de cada uno de nosotros otro Cristo. A la manera que el artista, trabajando lenta, paciente y acertadamente, transforma un bloque de mármol en una estatua bellísima, así, bajo la dirección del Espíritu Santo, nosotros debemos transformar este bloque de mármol que es nuestra alma en la imagen bellísima de Jesucristo.

Pero esa imagen es, ante todo, una imagen de luz; porque Jesucristo es luz, y ser semejantes a Jesucristo es llevar en nuestra alma destellos celestiales que reproduzcan en miniatura su imagen maravillosa.

Y no es esta una idea exclusivamente mía; el mismo Jesucristo nos enseña que la vida eterna —y, por consiguiente, la vida cristiana, que es su principio— es luz: *Haec est vita aeterna: ut cognoscant te, solum Deum verum, et quem misisii Jesum Christum*, «En esto consiste la vida eterna: en que te conozcan a Ti, solo Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien enviaste»[3].

La vida cristiana, ante todo y sobre todo, es luz, luz con la que conocemos a Dios y a su Cristo, luz por la que nos transformamos en luz y llevamos en nuestra alma la imagen de Cristo, imagen de luz, imagen de esplendor.

* * *

Pero esta transformación, sin duda que la hace ese trabajo asiduo y constante que debemos tener en ir quitando nuestros defectos, en ir plantando en nuestro corazón todas las virtudes cristianas.

Así como el trabajo del artista que esculpe una imagen bellísima en un bloque de mármol consiste en ir quitando todas las anfractuosidades del mismo, puliendo, limando, cambiando la forma. Pero ese no es más que el trabajo negativo; el positivo consiste en que infunda, por decirlo así, en la dura roca el ideal alto y excelso que lleva en su espíritu.

Por el trabajo de transformación moral de nuestra vida quitamos las anfractuosidades de nuestra alma, y vamos poco a poco disponiéndolas para que pueda allí esculpirse la imagen de Dios. Pero la luz espléndida que va infundiendo en nuestra ingrata naturaleza la imagen celestial y divina es la oración.

La oración es luz; cuantas veces nos acercamos a Dios nos envuelve en su luz. A la manera que quien se acerca al sol, quien se expone simplemente a sus rayos, se ilumina, así, el que se acerca a Dios se envuelve, se baña en luz.

Nuestra oración es siempre una iluminación. No solo las altas y excelsas contemplaciones de los Santos, en que, por decirlo así, sumergían sus ojos en el Sol divino, sino hasta la pobre oración del alma imperfecta que expone a Dios sus miserias y sus necesidades para que las socorra, nos baña de luz.

La oración es luz; en ella conocemos nuestra pequeñez y la grandeza divina; en ella descubrimos la vanidad de las cosas de la tierra y empezamos a apreciar las cosas celestiales; en ella, sobre todo, tenemos ese gran conocimiento de Jesucristo que constituye la vida cristiana y la vida eterna.

Quienquiera que haya hecho oración puede dar testimonio de que al acercarse a Dios se ha iluminado. Ciertamente, en algunas ocasiones no nos parece que estamos envueltos en luz; por el contrario, nos parece que nos cubren las tinieblas; pero esas tinieblas, en muchísimas ocasiones, no son otra cosa que el efecto de una luz más viva y más esplendorosa, que no alcanzan a captar nuestros ojos imperfectos y limitados.

Quienquiera que se acerque a Dios se ilumina. La oración es luz, y a medida que se va avanzando en los senderos de la oración, el alma se va iluminando; va de claridad en claridad; cada una de las etapas de la vida espiritual se caracteriza por una forma de oración, y cada una de esas formas de oración expresa una de las claridades de que nos habla el Apóstol san Pablo; y de una forma de oración a otra, de una claridad a otra, se va realizando en nosotros la divina transformación de luz, que es la meta de la vida cristiana.

Y esto —el Apóstol san Pablo nos lo enseña— es el Espíritu Santo quien lo realiza. Nosotros, contemplando la gloria de Dios, esa gloria de Dios que esplende por todas partes; esa gloria de Dios que se admira en el firmamento estrellado, y en el campo florido, y en el bosque rumoroso; esa gloria de Dios que podemos contemplar en el océano sin límites y que también podemos descubrir en el fondo de nuestros corazones; esa gloria de Dios que brilla especialmente en el orden sobrenatural y divino; contemplándola, nosotros nos iluminamos también, nos vamos haciendo seres luminosos, nos vamos transformando de claridad en claridad; y el Apóstol nos lo dice: *Tamquam a Domini Spiritu*. «Por la obra del Espíritu de Dios».

Esa obra de iluminación que constituye el fondo de la vida cristiana es una obra del Espíritu Santo.

Ciertamente que Jesucristo ¡nuestro Señor es la Luz del mundo. Él mismo nos lo dijo: *Ego sum lux mundi*[4]. Pero también sus labios divinos nos dijeron que el Espíritu Santo nos enseñaría toda verdad.

A primera vista parece extraño; si Jesús es luz, ¿qué necesidad tiene de que el Espíritu Santo ilumine? ¿No puede Él iluminar con sus propios fulgores los espíritus?

Para contemplar el sol se necesitan ojos especiales o aparatos especiales que templen los ardores del astro rey para poderlos acomodar a nuestra pequeñez. La obra de la iluminación no es solamente *objetiva*, sino que tiene que ser forzosamente *subjetiva*; hay que disponer nuestro espíritu y nuestro corazón para que podamos contemplar la luz del sol. Jesús es luz; pero el Espíritu Santo es el que nos ilumina, porque adapta maravillosamente nuestra alma para que podamos contemplar las cosas de Dios.

Durante tres años, los tres años de su vida pública, Jesucristo pasó por la tierra predicando palabras de vida eterna; nos dijo todo, nos enseñó todo; al grado que la víspera de su Pasión pudo decirles a sus discípulos: *Vos autem dixi amicos; quia omnia quaecumque audivi a Patre meo, nota feci vobis*. «Os he llamado mis amigos porque os he dado a conocer todo lo que escuché del Padre»[5]; y, sin embargo, los Apóstoles, que habían estado cerca de Jesucristo nuestro Señor y que habían escuchado su predicación celestial; los Apóstoles, que habían recibido las íntimas confidencias del Maestro, no acertaban a comprender los divinos Misterios, hasta que el día glorioso de Pentecostés vino el Espíritu Santo; y entonces sus ojos se abrieron, y su alma se dispuso, y comprendieron todas las cosas que Jesucristo les había enseñado.

El Espíritu Santo ilumina todo; el Espíritu Santo nos adapta para recibir la luz de Jesucristo, la luz que es Jesús mismo.

Pero ese divino Espíritu realiza en nosotros su obra por medio de ese procedimiento divino de la *oración*. En la oración, el Espíritu Santo nos dirige y nos inspira poco a poco; como un maestro consumado va descubriendo ante nosotros las maravillas de las cosas espirituales y divinas; poco a poco se va aclarando para el alma el mundo sobrenatural, hasta que llega un momento en que se siente en toda su grandeza el esplendor de las cosas divinas.

La oración es una obra de luz; por eso es un elemento esencial de la vida cristiana. Y esta iluminación divina que se realiza en la oración es el fruto, es la obra del Espíritu Santo.

[2](#) II *Cor.*, III, 18.

[3](#) Joan, XVII, 3.

[4](#) Joan., VIII, 12.

[5](#) Joan., XV, 15.

2. LA VIDA ESPIRITUAL ES AMOR

La vida cristiana puede considerarse también bajo otro aspecto. En realidad, todos estos aspectos que en ella consideramos se funden en divina unidad; pero nuestro espíritu limitado tiene que ir considerando los distintos matices de esta realidad divina, las distintas facetas de este diamante purísimo y celestial.

Si la vida cristiana es *luz*, también la vida cristiana es amor; y san Pablo nos dio también otra fórmula que expresa esta idea que acabo de exponer: *Qui adhaeret Deo unus spiritus est*, «El que se adhiere a Dios, se hace un solo espíritu con Él»^[6]. Con esta fórmula brevísima, pero llena de profundidad, el Apóstol san Pablo nos enseña que por la vida cristiana tenemos que realizar en nosotros una transformación de amor.

La vida cristiana no solamente es una transformación de luz —porque de claridad en claridad nos vamos transformando en la imagen divina—, sino que es también una transformación de amor. Una maravillosa unidad de amor se produce en nosotros; el amor, con su magia celestial, nos adhiere a Dios, y adhiriéndonos a Él nos hace en cierta manera una sola cosa con Dios: *Qui adhaeret Deo unus spiritus est*, «El que se adhiere a Dios es un mismo espíritu con Él».

Considerada la vida cristiana como maravillosa transformación de amor, es más fácil comprender el papel, la función importante de la oración, y cómo el Espíritu Santo es el que inspira este divino procedimiento. En efecto, el Espíritu Santo es Amor, es el Amor personal de Dios, es el Amor que enlaza en una unidad inefable al Padre y al Hijo y consume el misterio de la Vida divina.

El Espíritu Santo es Amor, y Él es el que produce en nosotros su imagen, el que derrama en nuestros corazones la caridad. San Pablo nos lo enseña: *Caritas Dei diffusa est in cordibus nostris per Spiritum Sanctum qui datus est nobis*, «La caridad de Dios se derrama en nuestros corazones por el Espíritu de Dios que está en nosotros»^[7].

La caridad es el amor, un amor que tiene un nombre nuevo, porque es un amor celestial y divino; un amor bellísimo, que es *la imagen del Espíritu Santo*; un amor que es como la fuente perenne de nuestra vida sobrenatural. Pues bien, ese amor se va desarrollando en la oración; y cuando se ha desarrollado, requiere —como una expansión natural de su vida— *la oración*.

Voy a explicar estos conceptos.

* * *

Todos, cuando recibimos la gracia, recibimos la caridad. El niño que acaba de ser bautizado, el pecador que ha recibido la absolución de sus crímenes, recibe la gracia. Y con la gracia, la caridad; de manera que el que está en gracia tiene en su corazón el amor.

Pero este amor es como una semilla; y a la manera que la semilla necesita cultivarse, sembrarse en tierra feraz y en tiempo oportuno, regarse con exquisita solicitud para que se vaya poco a poco desarrollando hasta que florezca y produzca sus frutos; así, el amor, la caridad que el Espíritu Santo deposita en nuestras almas, debe cultivarse, debe ir poco a poco desarrollándose por la gracia de Dios y por nuestros propios esfuerzos.

Pero, ¿sabemos cómo se desarrolla el amor? Desde luego, sabemos cómo se desarrolla el amor en la tierra; un proloquio familiar, brotado de la experiencia, nos enseña que el amor nace del *trato*, y así lo vemos comprobado cada día. Para que podamos amar a una persona necesitamos, de ordinario, tratarla; por referencias podemos sentir por ella estimación, respeto o simpatía; pero solamente el trato es el que produce y desarrolla en nuestros corazones el amor.

Ahora bien: el padre Lacordaire ha dicho una verdad profundísima cuando aseguró que *El amor en el cielo y en la tierra tiene el mismo nombre, la misma esencia, la misma ley, el mismo efecto*. Por tanto, así como el amor de la tierra se desarrolla por el trato, así el amor del cielo, por el trato se desarrolla también.

Para amar a Dios necesitamos tratarlo; para que crezca en nosotros su amor, es preciso que se haga íntimo nuestro trato con Dios; para que el amor llegue a su plenitud, es necesario que lleguemos a la consumación de esa ciencia divina —la oración—, que consiste en el trato con Dios.

* * *

En los Santos vemos maravillas de amor. La Historia nos presenta a Francisco de Asís pasando las noches en éxtasis, repitiendo estas palabras: *Mi Dios y mi todo*, y compitiendo en el monte Alvernia con los ruiseñores para contar las alabanzas de Dios.

La Historia nos presenta a Francisco Javier como fuego ardiente, yendo de isla en isla, de continente en continente, llevando por todas partes la buena nueva del Evangelio, predicando a Jesucristo.

La Historia nos muestra a Teresa de Jesús transverberada, con el corazón profundamente herido; y a Ignacio de Antioquía, suspirando por el martirio y diciendo palabras que parecerían locura si no fueran sublimes, como cuando escribía a los romanos para que no le impidieran el martirio: *Si las fieras no se arrojaran sobre mí, yo las azuzaría. Perdonadme, hijitos, pero yo sé lo que me va en ello. Yo soy el trigo de Cristo, y es preciso ser triturado por los dientes de las fieras para convertirme en pan inmaculado*.

¿En dónde han aprendido los santos ese prodigioso amor? ¿Quién le enseñó a Francisco de Asís a pasarse las noches en éxtasis? ¿Quién transverberó el corazón de Teresa? ¿Quién enseñó a San Ignacio de Antioquía sus ardores por el martirio? ¿En dónde aprendieron él amor?

—En la oración; que no es otra cosa que el trato íntimo y amoroso con Dios.

En la oración nos acercamos a Dios y lo tratamos. Ya explicaré en los siguientes capítulos de qué manera se realiza este trato celestial y divino que a primera vista nos parece una cosa extraña.

La oración es el trato íntimo con Dios, es la conversación amorosa con su divina Majestad, nos dice Santa Teresa, maestra de oración. Y en ese trato es en donde se aprende la ciencia del amor. En la oración es donde el amor se desarrolla, es donde el amor florece, es donde el amor produce sus frutos de vida.

Para alcanzar la plenitud del amor, para que se realice en nosotros esa adhesión a Dios que nos haga con Él un solo espíritu, es indispensable ese calor precioso y fecundísimo de la oración. Allí es donde nos adherimos a Dios; allí es donde nos hacemos un solo espíritu con Él.

Pero podemos pensar: la oración es, sin duda, un procedimiento maravilloso para llegar al amor de Dios; mas las almas que han llegado a la cumbre ya no necesitan de la oración, como las plantas, una vez que han producido su fruto, ya no necesitan de los cultivos y de los riegos que los labradores les dieron cuando comenzaron a desarrollarse.

No, no es así; la oración la necesitamos siempre. Más aún: cuanto más se ama, más se necesita la oración; cuando se ha llegado a la cumbre del amor, puede decirse que las almas no pueden salir de la oración.

En efecto, volvamos a comparar el amor divino con el amor humano, porque la palabra de Lacordaire es exactísima: *El amor en el cielo y en la tierra tiene el mismo nombre, la misma ley, la misma esencia y el mismo efecto*. El amor exige intimidad; es uno de los frutos más preciosos. Cuando amamos a alguien, tenemos con él una grande intimidad: no hay secretos para el ser amado. Cuando el amor es profundo y verdadero, el que ama derrama su corazón en el corazón del ser amado, y aun cuando mil veces lo haya derramado, mil veces siente la necesidad de volverlo a derramar.

El amor se alimenta de intimidad, el amor produce la intimidad; la intimidad es el descanso, es el gozo, es la gloria del amor. Por eso las almas que aman a Dios buscan su dulce intimidad. ¡Ah!, para las almas enamoradas de Dios, las cosas de la tierra no tienen otro sentido sino el que les da el destello divino que hay en ellas. Contemplan los cielos y la tierra, porque los cielos cantan la gloria de Dios, y la tierra está llena de su Majestad; pero las almas que aman buscan, ante todo y sobre todo, al Amado, y le dicen, como san Juan de la Cruz:

No quieras ya enviarme mensajero
que no sabe decirme lo que quiero.

El alma que ama busca la intimidad con Dios, y la intimidad con Dios es la oración.

* * *

Al principio, la oración es un procedimiento que nos lleva paulatinamente hasta la cumbre del amor; pero en la cumbre excelsa del amor es un procedimiento por el cual el corazón se desahoga y aumenta el amor. Más aún: recordemos aquella otra palabra de san Pablo, breve y expresiva como las suyas: *Nostra conversatio in caelis est*, «Nuestra conversación es celestial»[8]. Como si dijera: Desde la tierra comenzamos a ser ciudadanos del cielo; aprendemos a vivir en este destierro como viven los bienaventurados en la patria.

Pero, ¿cómo se realiza esta palabra?, ¿cómo se hace para que nuestra conversación sea celestial?, ¿cómo empezamos en el destierro a vivir la vida de los bienaventurados?

Por *la oración*. Las almas que han llegado a la cumbre del amor y que viven en una perpetua oración —porque para ellas el trabajo y el descanso, el recreo y el esfuerzo, todo es amor, todo es intimidad, todo es oración—, las almas que han llegado a esta cumbre, viven en la tierra como se vive en el cielo, contemplan y aman, que es lo que en el cielo hacen los bienaventurados.

La vida de los cielos es luz y amor, y como la vida espiritual es luz y amor, vivimos aquí en la tierra como viven los bienaventurados en el cielo. Cuando hemos encontrado la meta grandiosa y dulcísima del amor, entonces se verifica en nosotros la palabra del Apóstol san Pablo: *Nostra conversatio in caelis est*, «Nuestra conversación es celestial».

* * *

Pero, ¿quién produce en nosotros, quién ha puesto, quién ha acrecentado ese divino destello? ¿Quién ha hecho que nuestro amor, que antes era un fuego, se convierta de fuego en volcán, que estalle y que ascienda hasta los cielos? ¿Quién, sino el *Espíritu Santo*?

El Espíritu Santo es el Amor, es el gozo de nuestro amor, es el Amor del cielo que ha querido darse a nosotros y ha puesto en nuestros corazones una imagen suya, que es la caridad. Y el Espíritu Santo, en la oración, va alimentando ese fuego, lo va acrecentando, lo hace llegar a su cumbre y lo hace producir sus frutos maravillosos.

* * *

Yo no sé si mi torpe palabra haya acertado a exponer mi pensamiento. La vida espiritual es *luz y amor*, es una transformación de luz que viene a delinear en nosotros la imagen de luz de Jesucristo, y es una marcha triunfal del amor que nos adhiere a Dios y nos hace un mismo espíritu con Él.

Y lo mismo para la luz que para el amor, necesitamos *la oración*.

Se diría que el elemento esencial de la vida espiritual es la oración, porque en ella recibimos la iluminación de nuestro espíritu, porque en ella es donde se caldea divinamente nuestro corazón. Y esa oración, que es luz y es amor, es obra del *Espíritu*.

Santo. En la obra magistral del Espíritu Santo que es la vida espiritual, vemos que el medio que unifica y que produce armonía, el motivo artístico que da unidad maravillosa a la vida espiritual, es *la oración...*

En los capítulos siguientes continuaré tratando de la oración y expondré su naturaleza y sus principios, su desarrollo y sus formas.

Y al mismo tiempo que espero con la gracia de Dios presentar un espectáculo maravilloso, algo estético que satisfaga nuestro espíritu, también tengo la esperanza de que las instrucciones que en nombre de Dios voy a dar en estos capítulos sean útiles para nuestra vida espiritual; y a la vez que satisfagan nuestro espíritu, llenen de luz y de amor nuestros corazones, para que por senderos de luz y de amor podamos elevarnos hasta esa meta divina donde está Dios, donde está nuestra felicidad.

[6](#) I Cor., VI, 17.

[7](#) Rom., V, 5.

[8](#) Phili, III. 20.

3. LA ORACIÓN Y LA FE

Procuré en el capítulo anterior explicar cómo la oración es una obra magistral del Espíritu Santo, la clave de la vida espiritual, la escala luminosa y espléndida por donde el alma llega a la meta de la luz y del amor.

Y pienso que de todo lo expuesto hasta aquí se desprende el concepto genuino de la oración. *Es* —como dijo santa Teresa de Jesús— *un trato íntimo con Dios; una conversación amorosa con su Divina Majestad*. Y, a la verdad, estas expresiones de la maestra de la oración corresponden a la definición clásica de la oración: *Elevatio mentis in Deum*, «La elevación de nuestra alma a Dios»^[9]. Orar es acercarnos a Dios, es ponernos en contacto con Él. Se le llama elevación, porque Dios habita en las alturas, y para acercarnos a Él necesitamos elevarnos; y a la manera que se dice que bajamos, que descendemos, cuando ponemos nuestro corazón en cosas viles, así, cuando nuestro espíritu y nuestro corazón se ponen en comunicación con Dios, decimos que nos elevamos.

Es, por tanto, la oración una elevación de nuestra alma a Dios. Esta elevación tiene por principio la caridad, el amor; tiene por alimento la luz; es un trato con Dios semejante al trato que tenemos los unos con los otros, con la inmensa diferencia que existe entre nuestra pequeñez y la grandeza de Dios.

Sin duda que la oración puede tener distintas formas —procuraré hablar de ellas en los capítulos siguientes—, como también el trato que tenemos los unos con los otros toma distintas modalidades.

A las veces, nuestro trato consiste en comunicarnos nuestras ideas, en discutir nuestras opiniones, en analizar los acontecimientos o las impresiones de nuestro corazón.

Otras veces, los que se aman no parecen decirse otra cosa cuando están juntos, sino repetirse aquella palabra de la cual dijo el padre Lacordaire que «diciéndose siempre no se repite nunca»: *te amo*.

Y, a las veces, ni la palabra se necesita para el trato. ¡En cuántas ocasiones nos basta la mirada a los presentimientos del corazón para comprender lo que otro quiere, como para decirle lo que llevamos en el corazón!

Así sucede en el trato con Dios. A las veces, el trato con Dios es un éxtasis, es una mirada profunda y riquísima que funde nuestro espíritu en la Majestad divina; a las

veces, nuestra oración consiste en afectos que pululan, por decirlo así, en nuestro corazón y que apenas dejan intervenir a la inteligencia; a las veces, nuestra oración toma el aspecto de un discurso: encadenamos los pensamientos y analizamos y sacamos las consecuencias. Pero extática, afectiva, o con el tipo del discurso, nuestra oración es siempre el trato con Dios, nuestra comunicación con Él.

* * *

Mas necesitamos, antes de proseguir adelante, proponernos este problema que es importante y que nos da la clave de toda la doctrina sobre la oración.

¿Es posible que tratemos con Dios, si Dios es invisible, si nuestros sentidos no lo perciben, si nuestra razón es tan torpe para elevarse de una verdad a otra que no lo consigue sino de una manera lenta y penosa? ¿Cómo entonces podemos tratar con Dios? ¿Acaso el trato no es comunicación, no es intimidad? ¿Podemos nosotros tener esa intimidad, esa comunicación con Dios? ¿Puede Él hablar a lo íntimo del alma? ¿Podemos nosotros ponernos en contacto con Él?

—Sí; lo podemos. Toda la Escritura nos habla de nuestras comunicaciones con Dios. Ya dije antes que la vida cristiana es como un ensayo de la vida de los bienaventurados, que acá, en la tierra, ya nuestra conversación es celestial, según la magnífica expresión del Apóstol san Pablo. Pero, ¿cuándo y cómo se realizan estas comunicaciones?

El gran director de la oración, lo he dicho y lo seguiré diciendo, es el *Espíritu Santo*; y para que podamos tratar con Dios, el Divino Espíritu ha puesto en nuestra alma realidades sobrenaturales y divinas por las cuales podemos encontrar a Dios, y, por decirlo así, captar lo divino en dondequiera que se encuentre.

Voy a servirme de una comparación. Estas comparaciones son siempre groseras cuando se trata de cosas divinas; pero es una ley de nuestro espíritu que por medio de las cosas visibles nos acerquemos a la contemplación de las cosas divinas.

La ciencia moderna ha inventado preciosos aparatos que pueden captar las ondas misteriosas que por todas partes del espacio se extienden y que llevan a regiones lejanísimas las palabras y los cánticos que en cualquier lugar se realizan. Hace siglos que esas ondas misteriosas estaban en el ambiente, y a nuestra época le cupo en suerte descubrir la manera de captarlas y de percibir, por consiguiente, lo que se dice, lo que se canta en una región lejana.

Algo semejante acontece con esas realidades divinas que Dios ha puesto en nuestra alma. Lo divino está en todas partes; ¿no dice el Apóstol san Pablo que en Dios vivimos y nos movemos y somos? ¿No ha puesto nuestro Señor su sello divino en todas las cosas? ¿No dice san Juan de la Cruz que mirando a las criaturas, «vestidas las dejó de su hermosura»? El cielo canta la gloria de Dios, la tierra está llena de su Majestad, Dios está en todas partes, está fuera de nosotros y está en lo íntimo de nuestro corazón. Pero para que podamos ponernos en contacto con Él, si se me permite la expresión,

demasiado grosera, para que podamos captar lo divino, necesitamos realidades sobrenaturales que el Espíritu Santo deposita en nuestras almas.

Las realidades sobrenaturales por las cuales podemos captar lo divino en dondequiera que esté, son la *Fe*, la *Esperanza* y la *Caridad*. Estas tres virtudes, precisamente porque tienen a Dios por fin, por objeto, se les llama divinas, se les llama teologales. De todas las virtudes con que Dios ha enriquecido nuestra alma, únicamente estas tres virtudes nos ponen en contacto directo con Dios. Las otras virtudes nos acercan a Él, disponen nuestra alma, la purifican, la embellecen; pero no tocan a Dios. Las únicas virtudes que tocan a Dios son la Fe, la Esperanza y la Caridad; y por eso, porque tocan a Dios, son las virtudes del trato con Él. Son las virtudes de la *oración*, como lo voy a explicar con la gracia de Dios.

* * *

Por la Fe nos ponemos en contacto con Dios, que es la Suprema Verdad y la Fuente de toda Verdad. Es, por decirlo así, el ojo de nuestro espíritu que percibe la luz divina.

El Apóstol san Pablo dice que la Fe es *la sustancia de las cosas que esperamos*[\[10\]](#). Y, en efecto, por la Fe conocemos las cosas que los bienaventurados contemplan en todo el esplendor de la gloria, y que constituyen su riqueza y su felicidad. Sin duda que nosotros no las vemos con esa claridad, sino en medio de de las oscuridades propias de la Fe; pero son las mismas verdades.

Permítaseme una comparación. Para que podamos apreciar un poco mejor la función importantísima que la Fe desempeña en nuestra vida espiritual, imaginémosnos que una persona, de cuya veracidad no podemos tener la menor duda, nos describe con precisión y con arte una ciudad que ha visitado, una región donde ha vivido. Cuando escuchamos o leemos aquel relato lleno de colorido y de vida, como que nos damos cuenta de los panoramas, de los paisajes, de los monumentos que aquella persona vio como si los viéramos con nuestros propios ojos, y aun cuando es verdad que únicamente lo sabemos por la autoridad de la persona que nos lo dice, tenemos un conocimiento exacto de las cosas que aquella persona vio y que nos ha descrito pormenorizadamente.

Así nos acontece en el orden sobrenatural. Nosotros, por lo que Jesucristo nuestro Señor nos ha enseñado, por lo que antes nos dijeron los Profetas y los Apóstoles, por lo que la Santa Iglesia nos enseña, sabemos con absoluta precisión lo que en plena claridad contemplan los bienaventurados en el cielo; sabemos que en Dios hay tres Personas y que hay, sin embargo, en Él una sola naturaleza; conocemos los secretos de su vida, cómo el Padre engendra a su Hijo, por su inteligencia; cómo el Padre y el Hijo, amándose, espiran al Espíritu Santo; conocemos los designios amorosos de Dios, por los cuales, en la plenitud de los tiempos, realizó el prodigio de la Encarnación para que él mundo fuera redimido por el sacrificio de Jesucristo en la cruz. Conocemos todo lo que necesitamos para la salvación, para la santificación de nuestra alma.

Por consiguiente, conocemos la sustancia de lo que esperamos; allá en el cielo veremos todas estas cosas en la luz de Dios, eternamente quedaremos extasiados

contemplando la belleza soberana; pero la sustancia de lo que esperamos, la sustancia de lo que conocen los bienaventurados, la poseemos ya, porque la Fe nos lo dice, y la Fe es segurísima. «Los cielos y la tierra pasarán; mis palabras no pasarán jamás», dice Jesucristo.

Tenemos mayor seguridad en lo que la Fe nos dice que en aquello que testifican nuestros sentidos; porque nuestros sentidos pueden muchas veces engañarse, en tanto que la Fe no se engaña jamás.

Ciertamente, la Fe tiene aquí en la tierra el defecto de presentarnos las cosas entre las sombras, de manera que no alcanzamos a ver en todo su esplendor las cosas divinas; sin duda que esas sombras le quitan esplendor a lo divino, pero no le quitan ni seguridad ni exactitud. Sabemos exactamente lo que necesitamos saber para salvarnos, aun cuando todavía no podamos contemplar la hermosura ni el esplendor de las cosas divinas.

Por medio de la Fe percibimos a Dios, nos ponemos en contacto con su luz, con su sabiduría, con su hermosura; en dondequiera que esté Dios, la Fe lo encuentra; la Fe nos hace descubrir en la tierra la Majestad de Dios que la llena —*replebitur majestate ejus omnis terra*^[11], «la Fe nos hace escuchar el cántico de los cielos que canta la gloria de Dios»; *Caeli enarrant gloriara Dei*^[12]—; la Fe nos descubre a Jesús oculto bajo los velos eucarísticos; la Fe nos hace encontrar a Jesús en lo íntimo de nuestro corazón, puesto que en lo íntimo de nuestro corazón habita cuando poseemos la gracia divina; la Fe nos descubre a Dios en los acontecimientos; la Fe nos manifiesta la mano de Dios en las adversidades; la Fe, puede decirse, nos da la clave del universo, de la Historia, de nuestro corazón, de la eternidad.

¡Ah!, es un don magnífico el de la Fe. ¡Pobres de aquellos que han perdido este don celestial! Por él se transfigura el mundo ante nuestros ojos; por él percibimos lo divino en dondequiera que esté; pero, sobre todo, por la Fe podemos ponernos en contacto con nuestro Señor, podemos encontrarlo en donde Él se encuentre, y podemos comunicarnos íntimamente con Él; es decir, podemos orar.

⁹ S. Joan. Damasc, «Tract. de fide», III, III, 24.

¹⁰ «*Fides est sperandarum substantia rerum*», *Hebr.*, XI, 1.

¹¹ *Ps.* LXXI, 19.

¹² *Ps.* XVII, 1.

4. LA ORACIÓN Y LA ESPERANZA

La Fe es necesaria para orar; pero no basta. Y nuestro Señor, que no falta en las cosas necesarias, juntamente con el don de la Fe puso en nuestras almas ese otro don, esa otra virtud magnífica de la *Esperanza*.

Porque, ¿de qué nos serviría que pudiéramos contemplar con la luz de la Fe las maravillas que Dios nos tiene preparadas, los senderos por donde podemos alcanzar la felicidad, si no tuviéramos la seguridad de que podríamos llegar a la morada en donde seremos felices y de que contamos con todos los auxilios para llegar a ella? Imaginémosnos, para continuar mi comparación anterior, que la persona que nos ha descrito maravillosamente una región de ensueño nos entusiasma de tal manera que quisiéramos ir allá a contemplar las cosas de que nos ha hablado; pero que nos dijera: «Imposible; no hay acceso a esa región bellísima, o si le hay, es algo difícil de conseguir, y costosísimo». ¡Qué tristeza sentir el anhelo de visitar aquellas regiones maravillosas y comprender que es para nosotros imposible realizarlo!

Pero si queremos todavía sentir mejor la tristeza que experimentaríamos si tuviéramos Fe y no tuviéramos Esperanza, pensemos que por la Fe descubrimos a Dios, lo conocemos, vislumbramos su hermosura, presentimos su grandeza, descubrimos su amor; y cuando quisiéramos arrojarnos en sus brazos, cuando comprendiéramos que Él es el único que nos puede hacer felices, y buscáramos su amor, ¡qué triste sería para nosotros saber que su amor es imposible, que nunca lo podremos encontrar!...

¡Ah!, pero para que no sintiéramos esta honda tristeza, y para que no solo se abrieran ante los ojos de nuestro espíritu las maravillas de lo divino, sino que también se dilatara nuestro corazón con la seguridad de alcanzarlas y poseerlas, el Espíritu Santo, al mismo tiempo que nos dio la Fe, puso también en nuestras almas la Esperanza, virtud verdaderamente preciosa.

Es la virtud del destierro; por ella tenemos la seguridad de que podemos poseer a Dios, de que lo poseeremos algún día.

La Esperanza nos da la seguridad de la posesión divina, a la manera que aquí en la tierra, aun antes de que poseamos lo que anhela nuestro corazón, la Esperanza nos hace como tocar las cosas que anhelamos; así como en la tierra gozamos cuando tenemos la

seguridad de que se realizarán nuestras esperanzas, así también en el orden sobrenatural podemos tener desde ahora la dulce sensación de que vamos a poseer mañana lo divino.

Nuestras esperanzas terrenas, por seguras que parezcan, a las veces nos fallan; la Esperanza sobrenatural no falla jamás. «¿Qué debería hacer —pregunta Santo Tomás de Aquino—, que debería hacer una persona a la que se le apareciera un ángel y le dijera: Tú no te salvarás?». Y contesta el Doctor Angélico: *No creerle*.

La Esperanza nos da la seguridad de nuestra salvación; claro está que siempre que hagamos lo que Dios de nosotros exige.

Y al mismo tiempo que nos da la seguridad de la posesión divina en la lejanía de la eternidad, la Esperanza nos asegura que tendremos todos los medios, todos los recursos que necesitamos para conseguir nuestra salvación, para ir por los senderos de la vida hasta encontrar la salvación de nuestra alma.

Virtud preciosa es la Esperanza; sin embargo, muchos cristianos no hacen caso de esta virtud, no la conocen, les parece, quizá, poco práctica. Pero, ¿qué cosa más práctica que en medio de las incertidumbres del destierro tengamos la seguridad de que llegaremos a la patria? ¿Qué cosa más práctica que cuando sintamos nuestra debilidad y nuestra miseria experimentemos la fuerza de Dios y nos fundemos en ella al grado de que podamos decir, como el Apóstol san Pablo: *Todo lo puedo en Aquel que me conforta?*

Por la Fe conocemos a Dios, por la Esperanza nos apoyamos en Él, en su fuerza, en su bondad, en su amor, y tenemos la seguridad de que no nos faltará lo que necesitamos en la vida para realizar nuestra salvación, y que allá en el cielo nos espera la felicidad que Dios nos ha prometido.

5. LA ORACIÓN Y LA CARIDAD

Pero hay todavía otra realidad sobrenatural, otra virtud divina, más excelente que la Esperanza y que la Fe; lo sabemos muy bien: la *Caridad*.

La Caridad es la virtud reina, el don más excelente que en el orden sobrenatural hemos recibido de Dios. Es superior a todas las virtudes y aun a los dones del Espíritu Santo. La Caridad, vuelvo a decirlo, es el más valioso don del cielo.

Por la Caridad no solamente vemos a Dios a través de las tinieblas o lo tocamos en la lejanía de la eternidad, como nos lo hace ver la Fe y tocar la Esperanza, sino que por la Caridad poseemos a Dios.

La Caridad es amor, un amor sobrenatural, un amor generoso, un amor por el cual nos adherimos a Dios, no porque vayamos a recibir de Él sus dones y aun la misma felicidad, sino porque es grande, porque es la Bondad misma, porque es digno de todo amor. Amor purísimo, la Caridad es una imagen del Espíritu Santo; es un trasunto de aquel Amor personal que enlaza eternamente, en unidad inefable, al Padre y al Hijo en el secreto de la vida de Dios. Y por ese Amor nos unimos a Dios.

El amor es de suyo unitivo, dice Santo Tomás, y por eso realiza ese prodigio de que hablaba en un capítulo anterior, citando unas palabras de san Pablo: *Qui adhaeret Deo, unus spiritus est*, «El que se adhiere a Dios se hace un solo espíritu con Él»[\[13\]](#). Para adherirnos a Dios se necesita la Caridad; la Caridad realiza este prodigio de unidad y de amor.

Pero quiero hacer notar una prerrogativa que tiene la Caridad. En el amor de la tierra, muchas veces hay ausencia; por más que se esfuercen los que se aman por no separarse jamás, las exigencias de la vida humana a las veces los separan. Ciertamente que cada quién guarda en su espíritu la imagen querida; cierto que el corazón está siempre yéndose a donde está el que ama; pero la ausencia es inevitable en el amor humano.

Para el amor divino no hay ausencia jamás; el que tiene la Caridad tiene a Dios consigo; si no estuviera Dios, por su inmensidad, en nuestras almas, estaría allí porque lo haría venir la Caridad. Y está en nuestro corazón, no como está en cualquiera parte por su inmensidad, sino de una manera singular, como en su Templo.

El mismo Jesucristo nos explicó esta doctrina en la víspera de su Pasión: *Si alguno me ama —dijo—, Yo también le amaré, y mi Padre lo amará, y vendremos a él, y*

estableceremos en él nuestra morada. ¡Ah!, los cielos y la tierra pasarán; las palabras de Jesús no pasarán jamás. Si amamos a Jesús con amor de Caridad, Él nos amará, y el Padre nos amará, y vendrán a nuestro corazón, no para hacernos una visita fugaz, sino para establecer allí su morada. Dios tiene su morada en el corazón que lo ama con amor de Caridad.

Si la caridad nos hace abrazarnos de Dios, si nos une con Él, si nos adhiere a Él de manera que en un sentido pudiéramos decir que nos hacemos un solo espíritu con Él; si, juntamente con ese amor, la Fe nos descubre la luz de Dios, y la Esperanza nos hace apoyarnos en su brazo fortísimo, ¿será imposible que tratemos con Dios? ¿Será, no digo imposible, ni aun difícil, la oración, el trato con Dios?

* * *

Estas tres virtudes teologales, la *Fe*, la *Esperanza* y la *Caridad*, son las virtudes de la oración, las que nos ponen en contacto con Él. Por la Fe lo miramos, aunque sea a través de las sombras; por la Esperanza nos apoyamos en su brazo fortísimo; por la Caridad, lo introducimos en nuestro propio corazón y nos adherimos a Él de una manera inefable.

No puedo explicar, ni menos en el poquísimo tiempo de que puedo disponer, todas las maravillas que se realizan en las almas cuando entran por las moradas misteriosas de la oración.

El mundo que contemplan nuestros ojos, este mundo cuyas distancias parecen desaparecer y unirse por la rapidez prodigiosa de los vehículos modernos; este mundo que contiene tantas maravillas, tantas riquezas en su seno, tantas hermosuras en su superficie, no es nada en comparación de ese mundo sobrenatural y divino por donde la oración nos va introduciendo lentamente, para que contemplemos poco a poco las maravillas celestiales y divinas.

En la oración, como en todo, la Caridad es la coordinadora, es la virtud reina; ella es la que mira en la Fe, la que dirige a la Esperanza, la que mueve nuestras facultades, la que pone en movimiento todo nuestro ser y pone en nosotros actividades armoniosas para que aprendamos el trato divino con nuestro Señor.

Es un trato que nace del amor, que se mantiene de luz, que se funda en la Esperanza; es un trato que se consume en la Caridad.

* * *

Se pudiera poner una objeción: Bien; con esas virtudes, con esas realidades sobrenaturales y divinas, podemos ponernos en contacto con Dios; pero el trato es algo recíproco; ¿Dios también se comunicará con nosotros?

—Sin duda alguna que sí; pero no se necesita que Dios acuda a esos procedimientos extraordinarios de su omnipotencia, que ha usado a las veces con almas escogidas; no se necesita para que Dios se comunique con nosotros ni que se nos aparezca, como se

apareció a santa Margarita María de Alacoque, ni que nos hable con la intimidad con que hablaba a Santa Teresa de Jesús, por ejemplo.

Teresa de Lisieux encontró en una fórmula bellísima la clave de las comunicaciones de Dios con nosotros. Hablando de Jesús, dice: *Es un Maestro que se comunica con nosotros sin ruido de palabras*. ¿Lo hemos comprendido? Para comunicarse aquí en la tierra, ya lo dije antes, no siempre necesitamos la palabra; a las veces, en las grandes emociones de la vida, la palabra nos parece pequeña, nos parece impotente; ¡cuántas veces una mirada, una actitud, dicen más que los más elocuentes discursos!

Jesús se comunica a nosotros sin ruido de palabras; no necesita acudir a esos procedimientos extraordinarios de que su omnipotencia, vuelvo a decir, se sirve a las veces para comunicar ciertos secretos que el mundo debe conocer; para comunicarse a nuestras almas lo hace en una forma silenciosa, natural, sencilla, y, sin embargo, fecunda y verdadera.

¡Cuántas veces nuestro Señor se habrá comunicado a nosotros sin ruido de palabras! Porque no siempre se dan las almas cuenta de que Dios se comunica con ellas. ¡Cuántas veces hemos venido a la presencia de Dios, y hemos derramado en su Corazón nuestro corazón, y le hemos manifestado nuestros problemas; y una luz que no sabemos de dónde vino ha iluminado nuestra inteligencia y ha desvanecido nuestras dudas, y al levantarnos de la oración nuestro problema está resuelto! Dios se comunicó a nosotros sin ruido de palabras.

¡Cuántas veces sentimos un toque inesperado en nuestro corazón!, nuestra alma se transforma, nuestro corazón arde, ¿qué ha pasado? ¡Ah!, ¿no lo comprendemos? Es Dios, que se ha comunicado con nosotros sin ruido de palabras.

En la oración Dios se nos comunica, no en el sentido de que de una manera extraordinaria nos haga oír con los oídos corporales palabras divinas, ni tampoco en el sentido de que haga ver algo extraordinario en el fondo de nuestro ser; pero Él tiene tantas maneras de comunicarse con nosotros, que nunca deja sin respuesta nuestras preguntas cuando se dirigen a la salvación eterna de nuestra alma.

Así, pues, en la oración nos comunicamos con Él, y Él también se comunica con nosotros.

* * *

Verdaderamente, santa Teresa tenía razón, la oración no es otra cosa que el trato íntimo con Dios, que la conversación amorosa con su Divina Majestad.

De manera que, como dice la Escritura: *Gustate et videte quam suavis est Dominus*, «Gustad y ved cuán dulce es el Señor»[\[14\]](#).

Acerquémonos a Él con un corazón sincero, permanezcamos constantes en el santo ejercicio de la oración; porque no se pueden descubrir desde el principio todas las maravillas que encierra. A la manera que el que tiene que oír alguna sinfonía maravillosa necesita oírla muchas veces para prepararse poco a poco a percibir aquel torrente de armonía; a la manera que el que quiere iniciarse en los secretos de una ciencia, necesita ir

paulatinamente, lentamente, aprendiendo los elementos de aquella ciencia, para que pueda algún día percibir los frutos que ella produce, así nosotros, poco a poco, si somos fieles en el ejercicio de la oración, iremos aprendiendo y gustando cuán dulce y cuán suave es el Señor.

Que el Espíritu divino nos atraiga, que el Espíritu divino nos enseñe esta ciencia divina de la oración, para que sepamos tratar con Dios, y en ese trato amoroso e íntimo encontremos la paz en la tierra y preparemos la felicidad en el cielo.

[13](#) *I Cor*, VI, 17

[14](#) Ps. XXXIII, 9.

SEGUNDA PARTE

DIVERSAS CLASES DE ORACIÓN

1. LA ORACIÓN Y LAS TRES VÍAS

He procurado exponer el concepto genuino de la oración, que, como dice santa Teresa de Jesús, no es otra cosa que el trato íntimo con Dios, que una conversación amorosa con su Divina Majestad.

Y para que comprendamos cómo es posible y práctico este trato íntimo con Dios, hablé de esas tres virtudes que se llaman divinas, porque tienen a Dios por objeto, nos ponen en contacto con Él y, por decirlo así, nos hacen captar lo divino en dondequiera que se encuentre.

Pero no debemos pensar que todas las almas oran de la misma manera; por más que toda la oración sea trato con Dios, hay una maravillosa variedad en este trato. Tampoco en el orden humano todos tenemos el mismo trato y la misma conversación; podría decirse que cada quién tiene su manera especial de tratar a los demás, y que depende del temperamento, de la mentalidad, de la cultura, de la edad, de todo ese conjunto de condiciones y de circunstancias que vienen a caracterizar nuestra propia personalidad.

También hay en el orden sobrenatural esta variedad riquísima en la oración. Pudiera pensarse que la vida espiritual es como molde rígido en donde se hace caber a todas las almas y se les imprime la misma forma; y no es así; en el orden sobrenatural hay una variedad riquísima. San Juan de la Cruz, maestro doctísimo en la vida espiritual, nos dice: *Apenas hay un alma que en la mitad de su camino se parezca a otra.*

Cada alma tiene su propio camino; en cada alma la vida espiritual toma una forma, una modalidad especial; y puesto que la oración, según lo dije en el primer capítulo, es la clave de la vida espiritual y el elemento que dirige y que coordina todas las riquezas de esta vida divina, es natural que la oración también vaya variando en cada una de las almas.

Pudiéramos decir que hay en la oración ciertas variedades que dependen del temperamento y de la mentalidad, de las cualidades naturales de quien se sirve de ella, o bien de sus atractivos sobrenaturales y de la misión providencial de cada alma.

Pero hay otra variedad en la oración que corresponde a las distintas etapas de la vida espiritual que el alma tiene que recorrer para llegar a la cumbre de la perfección y de la santidad. En efecto, a cada etapa de la vida espiritual le corresponde una forma especial de oración, de tal manera, que un director experto puede saber la situación

espiritual de cada alma por su manera de hacer oración; a la manera de los médicos, que, contando las pulsaciones o las palpitations del corazón y apreciando la temperatura o percibiendo por sus procedimientos propios tales o cuales síntomas que hay en un enfermo, pueden perfectamente diagnosticar su enfermedad.

A cada etapa de la vida espiritual le corresponde una forma de oración. Y es natural. A medida que avanza el alma, sus facultades se perfeccionan, sobre todo se desarrollan esas virtudes de la oración, que son las virtudes teologales; aun cuando sean infusas y sobrenaturales, siguen, en una o en otra forma, las leyes y las aptitudes que hay en nuestra alma. De manera que la Fe, la Esperanza y la Caridad se desarrollan cuando se ejercitan en la oración. Y aun fuera de ella se van desarrollado: la Fe se hace más viva; la Esperanza, más firme; la Caridad, más ardiente; el alma se transforma, y, naturalmente, su trato con Dios cambia.

* * *

Para que podamos tener una idea de estas diversas formas de oración, quiero comenzar por hablar de esas tres grandes etapas de la vida espiritual, que pueden llamarse clásicas: la *vía purgativa*, la *vía iluminativa* y la *vía unitiva*,

Se han comparado con las tres edades del hombre: la niñez, la juventud y la edad madura. En la niñez, el hombre se va desarrollando; viene la juventud, en la que el hombre posee una actividad ardiente, pero que todavía no llega a su plenitud, y, por tanto, tiene que ir progresando en todos sus conocimientos y en todos sus afectos; por fin llega a la plenitud de la edad, que debe ser la perfección de toda su actividad y de todas sus facultades.

Así, en la *vía purgativa* el alma va poco a poco purificándose, dejando los rasgos del hombre viejo, como dice san Pablo; dominando sus pasiones, poniendo orden en sus sentimientos, armonizando su vida.

Cuando llega a ser dueño de sus propios actos, cuando el orden se ha establecido en su castillo interior, entonces comienza la *vía iluminativa* y entra de lleno el alma en las moradas de la luz; Dios le va mostrando las cosas divinas, el amor se enciende, el alma acaba de purificarse.

Por este camino llega el alma a la *vía unitiva*, la vía de los perfectos, en la que el hombre se une de una manera maravillosa con Dios, en la que comienza a realizarse la palabra de san Pablo: *El que se adhiere a Dios, es un solo espíritu con Él*. Entonces el alma mira, por decirlo así, desde la atalaya altísima de la Divinidad, el conjunto del universo, de una manera prodigiosa, de una manera única, como han de contemplar todas las cosas desde el cielo los bienaventurados.

Es natural que en cada una de esas grandes etapas de la vida espiritual la oración cambie; y, en efecto, al comenzar la *vía iluminativa* se realiza una admirable transformación en el alma. Para comprenderla, es preciso saber que el Espíritu Santo es el Director de la vida espiritual, porque es *el Santificador*. Pero hay dos maneras de dirigir y de enseñar.

Imaginémonos un maestro, un pintor insigne, que enseña a un discípulo él arte maravilloso de la pintura; lo hace que se ejercite, le da reglas, le muestra cómo deben combinarse los colores, le presenta modelos, y el discípulo, bajo aquella dirección técnica del maestro, va haciendo sus primeros ensayos.

Pero si el maestro pudiera de improviso tomar la mano del discípulo y moverla, entonces el pincel del discípulo trazaría rasgos geniales, haría combinaciones maravillosas de colores, haría un cuadro extraordinario.

El Espíritu Santo, durante las primeras etapas de la vida espiritual, se conforma con enseñar a las almas los caminos de Dios, las dirige mostrándoles lo que deben de hacer, enseñándoles los senderos, marcándoles las reglas; pero el alma es la que practica todo ese conjunto de virtudes que Dios ha puesto en ella; lo mismo en la oración que en la vida práctica, el alma es la que inmediatamente se mueve, aun cuando sea bajo la dirección del Espíritu Santo.

Pero hay un momento en que el Espíritu Santo toma por sí mismo la dirección del alma; entonces el alma se mueve, pero se mueve bajo la moción del Espíritu Santo y por medio de sus dones maravillosos. Así que el alma obra, el alma piensa, el alma siente, el alma ama, el alma ejercita todas sus facultades; pero bajo la moción del Espíritu Santo. Entonces se produce esa transformación del alma de que acabo de hablar y que se inicia en principio de la *vía iluminativa*.

Pero antes de esta transformación, el alma dirige su propia vida espiritual, y, por consiguiente, pone en sus obras el sello humano; cada ser, cada agente, pone en su obra su propio sello. Para continuar el ejemplo comenzado, si en un mismo cuadro el gran maestro y el que comienza a aprender ponen su pincel, en las pinceladas de cada uno aparece su sello; en unas habrá un destello de genio, en otras se encontrará todavía la imperfección de los principiantes.

Cuando el Espíritu Santo toma la dirección del alma, pone en ella un sello divino; pero en las primeras etapas de la vida espiritual, durante toda la vía purgativa, cuando el hombre es el que tiene que dirigir su propia vida y su propia oración, entonces pone en su oración y en su vida el sello humano.

Por eso en las primeras etapas, si se analiza la oración, se verá que se observan en ella todas las leyes de la psicología humana. Dios nuestro Señor quiere edificar el edificio maravilloso de la gracia sobre la base de la naturaleza que Él mismo creó. La gracia no destruye la naturaleza, la supone. La actividad sobrenatural no impide la actividad natural; nada más la eleva y la diviniza.

Por eso la oración, en las primeras etapas de la vida espiritual, es una oración que tiene el sello humano; la podemos estudiar a la luz de la psicología humana. Y, en efecto, la prueba de nuestra actividad humana es que el entendimiento conozca, que la voluntad ame lo que el entendimiento le presente como amable, y que después de amar, bajo el influjo de aquella luz y de aquel amor, tome el hombre resoluciones prácticas y se ponga en movimiento para conseguir el fin que anhela.

Pero debemos advertir que en la oración la voluntad es la que rige y la que gobierna; la oración no es un estudio en que simplemente por el placer de aprender se

ejercite la inteligencia; no; el conocimiento de la oración está movido e inspirado por el amor.

En la oración, el principio es el amor; y la consumación es el amor; y las consideraciones del entendimiento y las resoluciones prácticas de la voluntad no son sino el corolario, sino las consecuencias de ese amor que impulsa, que mueve, que se, levanta, que toca a Dios.

Para comprender, por decirlo así, el mecanismo —si se me permite la palabra grosera—, el mecanismo espiritual de la oración, pondré una semejanza. Imaginémos a un hombre que va a estudiar una obra de arte; el amor y la belleza le impulsan; no va allí por un motivo mercantil a justipreciar el cuadro para hacer negocio; va porque ama la belleza. El amor de la belleza le hace contemplar aquel cuadro maravilloso, y lo estudia, y lo analiza, y cuando ha podido llegar a percibir sus hermosuras, entonces siente en su alma una impresión estética profunda, surgen sentimientos íntimos y bellísimos en su corazón; y después, como consecuencia de aquellas impresiones que ha tenido, toma como resoluciones prácticas, o bien obtener aquel cuadro, si es posible, o bien se propone venir a estudiarlo y a contemplarlo constantemente, porque nunca cansa la impresión de la belleza.

Así le pasa al que ora; el amor le lleva a considerar las cosas divinas, la voluntad mueve al entendimiento para que escudriñe, para que analice, para que vea las verdades sobrenaturales que se refieren a Dios y las cosas divinas; y cuando ha podido captarlas, surge del corazón más ardiente el amor; sentimientos santos, afectos piadosos surgen al conjuro de aquella luz espléndida que ha iluminado las verdades sobrenaturales.

Entonces el alma ama a Dios y las cosas divinas; y como consecuencia de aquellos afectos, viene a tomar resoluciones prácticas tocante a lo divino, para poder caminar hacia Dios, para poder elevarse de la tierra, para poder llegar a las altas cumbres en donde se encuentra la paz y la felicidad.

2. LA ORACIÓN DISCURSIVA, AFECTIVA Y DE SIMPLE MIRADA

Tres cosas, por consiguiente, hay en estas oraciones de la vía purgativa: las *consideraciones* de la inteligencia, inspiradas por el amor; los *afectos* que brotan del corazón, que son amor, y otros afectos que el amor impera, y, por último, ciertas *resoluciones* prácticas que influirán en nuestra vida y en nuestras acciones.

Pero debo advertir o, más bien, insistir en que el elemento esencial de la oración es *el amor*, son *los afectos*; las consideraciones no son más que preparación y camino; las resoluciones no son más que consecuencias prácticas. Ante todo y sobre todo, el corazón es el que debe imperar en la oración, porque es trato íntimo con Dios, porque es conversación amorosa con su Divina Majestad.

Cuando se trata a otra persona por negocios, el corazón ocupa un segundo término, o no tiene que ver en aquel asunto; solo la inteligencia, la inteligencia calculadora, que analiza, que examina, que discute, es la única que tiene su parte en aquel asunto; cuando se trata de algún asunto científico, también el entendimiento reina como soberano; es la inteligencia la que deduce, la que analiza, la que saca consecuencias, la que descubre verdades.

Pero cuando el trato es amoroso, entonces el corazón impera. Sin duda, el entendimiento ve; el entendimiento descubre, analiza, penetra, discurre; pero todo está al servicio del corazón. El amor es el que tiene la parte principal en aquel trato; y si algunas resoluciones prácticas toma el que trata con una persona querida, son resoluciones que el amor inspira y que conducen al amor.

Así es este trato admirable que tenemos con Dios en la oración; ante todo y sobre todo, es amor, un amor que estudia, que considera, que analiza precisamente para acrecentarse, un amor que forma resoluciones únicamente para poder conseguir la meta de sus anhelos.

* * *

Pero no en todas las almas se presenta esta primera oración de la vía purgativa en la misma forma; en algunos espíritus reflexivos la primera parte de la oración toma el aspecto de una disertación, se enlazan las verdades, se sacan las consecuencias, se domina el asunto.

Otras almas prefieren guiarse por la imaginación, no porque excluyan el entendimiento, sino porque la imaginación es como el guía; examinan un cuadro, una historia de la Escritura, una de las escenas evangélicas que más impresionan al corazón, se mira, se oye, se contempla, y a medida que se va desarrollando la oración, y a medida que se va contemplando el cuadro imaginativo, el entendimiento empieza a reflexionar, y a sacar sus consecuencias, y a comprender aquello que se contempla.

Poco importa que un alma pertenezca a uno o a otro de los tipos de oración que acabo de indicar.

La primera oración se llama *oración discursiva*, y es la que corresponde a las primeras etapas de la vida espiritual.

* * *

Poco a poco la oración se modifica, las consideraciones se simplifican, y tienden a desaparecer; los afectos van abarcando más tiempo e invadiendo más el espíritu; las reflexiones vienen a quedar en segundo término.

Y es natural que sea así. A medida que la fe se va ejercitando, se va haciendo más viva; cuando en una ciencia nos llegamos a familiarizar con los conceptos y con las verdades de aquella ciencia, nuestro espíritu procede con mayor rapidez; ya no es ese paso lento y tardío de los principios; hay mayor agilidad, hay mayor rapidez.

Así, en la oración, poco a poco se van comprendiendo las cosas espirituales, se va el alma familiarizando con las verdades divinas, y ya no necesita de aquellas largas consideraciones y de aquellos lentos razonamientos para poder comprender; se diría que con una mirada rápida abarca el conjunto bellissimo; las consideraciones van desapareciendo al grado de acabarse por completo; en cambio, los afectos brotan con abundancia del corazón, que cada día se va encendiendo más en amor.

De tal suerte, que aquella alma, que para encender en su corazón el fuego santo del amor necesitaba pasar unos instantes considerando y meditando, ahora le basta ponerse en la presencia de Dios para que su corazón arda. Como los discípulos de Emmaús, cuando encontraron a Jesús en el camino, apenas oyeron su palabra, apenas sintieron su contacto divino, su corazón ardió, así en esta etapa de la vida espiritual las almas sienten que su corazón arde apenas se ponen en contacto con Dios; porque su espíritu se ha ejercitado en el conocimiento de las cosas divinas, porque su amor se ha acrecentado de manera notable.

Esta es la *oración afectiva*, que significa progreso en el orden espiritual.

* * *

Después, la oración se va simplificando más y más; parecería que a medida que la oración se perfeccionara se haría más complicada, a la manera que muchas veces las disertaciones de los hombres que han adelantado mucho en la ciencia son largas y complicadísimas; no, en la oración no es así: *la oración se perfecciona simplificándose*; poco a poco, como decía, las consideraciones desaparecen, los sentimientos se van haciendo más simples, se van reduciendo a la divina unidad del amor.

Y puede decirse de las almas que han llegado a esta cumbre que en la oración no hacen otra cosa que amar: una mirada de amor, una palpitación de amor, una palabra de amor, es toda su oración.

Así lo experimentan los que van llegando a la cumbre de la vía purgativa; cuando la oración se simplifica, cuando basta ponerse en la presencia de Dios para que la mirada del espíritu encuentre lo divino, para que el corazón arda, está muy cerca la vía iluminativa; muy pronto vendrá el Espíritu Santo a aquella alma y realizará esa divina transformación que la eleva a otra etapa, y muy pronto el Espíritu del Señor la introducirá en las moradas espléndidas de la vía iluminativa.

Sin duda estas descripciones de las distintas formas de oración, no solamente por impericia mía, aun cuando de una manera acertada y elocuentísima pudiera hacer estas descripciones, no pueden dar a entender exactamente lo que pasa a las almas que van por estos caminos espirituales. Imaginémonos a un orador maravilloso que nos contara las impresiones que experimentó en el océano, cuando entró en el barco, cuando vio agitarse las aguas, cuando poco a poco contempló a lo lejos perderse la tierra y cuando sintió que estaba entre dos inmensidades, la del cielo y la del mar; sin duda alguna que nos impresionaría su relato.

Pero no es lo mismo que el que va experimentando por sí mismo todas esas impresiones, el que entra en el mar, el que camina sobre sus ondas maravillosas, el que siente la majestad inmensa y sublime de sus olas.

Así, para comprender todas estas cosas que torpemente describo, es preciso ir por esos senderos de luz por donde el Espíritu Santo conduce a las almas. Lo único que pretendo es atraer la atención, presentar un mundo que quizá es poco conocido, decir cómo en el mundo sobrenatural hay belleza, y hay luz, y hay encadenamiento lógico; cómo no es una simple ilusión de las almas piadosas la vida espiritual, sirio que es algo verdaderamente sintético y maravilloso.

Todos estamos llamados a caminar por estos senderos; el verdadero cristianismo nos lleva por todas las etapas de la vida espiritual hasta la cumbre; somos cristianos precisamente para ir de claridad en claridad hasta transformarnos en la imagen de Jesucristo Señor nuestro.

Que el Espíritu Santo se derrame en nuestras almas, que Él nos enseñe todas estas verdades, que Él atraiga nuestros corazones con sus dones celestiales, que Él empuje nuestros espíritus para que, caminando por los senderos de la oración, podamos un día encontrar en el seno de Dios la paz de nuestra alma y la felicidad de nuestra vida.

3. LAS ORACIONES PASIVAS Y LAS VIRTUDES TEOLOGALES

En el capítulo anterior dije que hay formas variadísimas de oración en la vida espiritual, y que estas formas, lógicamente enlazadas entre sí, forman como una escala espléndida y bellísima que conduce al alma hasta la cumbre excelsa de la unión con Dios.

Señalé también los primeros peldaños de esta escala misteriosa, las formas que toma la oración en la primera grande etapa de la vida espiritual, que es la vía purgativa.

Sin duda que estas formas de oración son las más fáciles de comprender; más fácilmente podemos pisar estos peldaños que los que están más arriba, porque las formas primeras de la oración están perfectamente sujetas a las leyes generales de nuestra propia psicología.

Cuanto más se avanza en la escala, los peldaños se hacen más espléndidos y más bellos; pero, al mismo tiempo, nos es más difícil comprenderlos. Conviene, sin embargo, dar siquiera una ojeada, aunque sea rapidísima, a esa escala misteriosa por donde las almas ascienden a la perfección y a la felicidad.

Dije que al comenzar la vía iluminativa hay en el alma una profunda transformación. El Espíritu Santo no solamente dirige desde lejos los divinos procedimientos por los que el alma se santifica, sino que se hace, por decirlo así, el director inmediato de nuestra actividad espiritual. Ya no es el maestro que da al discípulo reglas para que pueda realizar su obra; es el espíritu que nos anima, que nos toma, que nos mueve, que nos impulsa, que nos inspira, de tal suerte, que vamos caminando bajo la moción y bajo la inspiración del Espíritu Santo.

Durante toda la escala de la perfección, siempre tienen la función principal las tres virtudes divinas de que hablé —la Fe, la Esperanza, la Caridad—, que son las virtudes de la oración, lo mismo en los principiantes que en los que progresan, que en los perfectos; porque son las tres virtudes que, por decirlo así, tienen la maravillosa prerrogativa de captar lo divino.

Durante todo nuestro destierro en este mundo somos conducidos por la luz de la Fe, firme, preciosa, infalible, pero oscura. Es la lucecilla, según la expresión del Apóstol san Pedro, que brilla en la noche de este mundo, mientras apunta el día y la estrella de la mañana fulgura en nuestras almas.

Pero si la Fe nos conduce hasta la cumbre de la perfección, también es cierto que, por medio de los dones intelectuales, el Espíritu Santo corrige las imperfecciones de la Fe, y sin que dejemos de guiarnos por esta luz, nuestra mirada se hace honda, amplia, precisa.

Voy a servirme de una comparación, ya que, al fin y al cabo, por las cosas visibles llegamos al conocimiento de las cosas divinas. Con los grandes aparatos de óptica, utilizando la luz del sol —nuestra luz habitual— llegamos a descubrir secretos maravillosos, porque componen los rayos de la luz en una forma tal, que podemos escrutar el mundo de lo infinitamente pequeño por el microscopio; podemos mirar con precisión las cosas lejanas por los prismáticos, y hasta podemos hundir nuestras miradas en las regiones misteriosas del firmamento por el telescopio. Es la misma luz, pero aparatos adecuados la combinan de tal manera, que nuestra visión se hace precisa, se hace profunda, se amplía enormemente.

Algo semejante acontece con los dones intelectuales; por medio de ellos el Espíritu Santo amplía y perfecciona nuestra visión intelectual en el orden divino. Es la misma Fe, pero ahora podemos penetrar profundamente las verdades de la Fe, conocer la armonía que existe entre ellas y contemplar el universo, como dije antes, desde una atalaya altísima. Por medio de los dones intelectuales, el Espíritu Santo, vuelvo a decirlo, corrige las imperfecciones de nuestra Fe y hace que nuestra mirada se haga más amplia, más honda, más precisa.

Lo hemos visto en los Santos: ¡Qué intuiciones tenían de las cosas celestiales! ¡Con qué precisión hablaban de lo divino! Aun personas humanamente poco ilustradas descubrían con una luz celestial los arcanos de las cosas divinas. Es que a la luz de la Fe se unen los dones intelectuales —el don de Ciencia, el don de Entendimiento, el don de Sabiduría—, y de esa manera se amplía nuestra mirada, y nuestra oración se hace maravillosamente clara, maravillosamente profunda.

* * *

La Esperanza y la Caridad no necesitan, ciertamente, el auxilio de los dones, porque estas virtudes teologales son algo más excelentes que los mismos dones; pero el Espíritu Santo toma la Esperanza y la mueve y le da una firmeza y una audacia increíbles. Cuando el Espíritu Santo mueve nuestra Esperanza, entonces perdemos ese temor que muchas veces nos invade en medio de nuestras actividades espirituales; nos hacemos audaces: *esperamos contra toda esperanza*, según la expresión de la Escritura.

Hay en los Libros santos un ejemplo magnífico de lo que estoy explicando. Abraham había recibido de Dios maravillosas promesas; le había dicho que lo haría padre de un gran pueblo, que su posteridad traería la salud del mundo, porque de su descendencia nacería el Mesías. Y todas estas promesas Dios las vinculó a Isaac, el hijo de la promesa.

Un día, sin embargo, Dios le ordena que suba al monte de la visión y que sobre la cumbre de aquel monte le sacrifique a su hijo Isaac. ¿Qué sentiría el corazón del gran

Patriarca? Isaac era el hijo de las promesas; todo lo que nuestro Señor le había prometido, y que constituía la alegría de su alma, ¿no iba a ser destruido cuando él sacrificara sobre la cumbre de la montaña aquel hijo privilegiado, aquel hijo predilecto?

Y, sin embargo, Abraham no vaciló: *esperó contra toda esperanza*, porque Dios es fiel y sus palabras no pasan, aun cuando piasen el cielo y la tierra. Y subió valeroso y confiado a la montaña, y no vaciló su mano cuando tomó el puñal que iba a sacrificar a su hijo.

Debe haber pensado el gran Patriarca que la palabra de Dios no depende de lo que pueda pensar la pobre inteligencia humana. Abraham no sabía cómo, pero Dios cumpliría su promesa, y por eso no vaciló en hacer a Dios el sacrificio de su hijo.

Ya sabemos cómo un ángel detuvo el brazo del Patriarca; Isaac vivió, y por medio de él se realizaron las promesas de Dios.

La Esperanza, cuando él Espíritu Santo la mueve y la dirige, es firme, es audaz.

* * *

Pero, sobre todo, la Caridad, bajo los impulsos del Espíritu Santo, produce verdaderas maravillas. ¡Ah!, ¡lo que ha hecho el amor de los Santos, las manifestaciones que en ellos ha tenido el amor! Basta que nos asomemos al corazón de cualquier Santo, que leamos las páginas de su biografía, para que nos demos cuenta de las maravillas que el amor produce en las almas que saben corresponder a las gracias de Dios.

Francisco de Asís pasa la noche extático, pronunciando estas dos palabras insondables: «¡Mi Dios y mi todo!». Francisco Javier recorre el mundo llevando por todas partes la buena nueva del Evangelio. Teresa de Jesús suspira por morir, y de su corazón se exhalan aquellas estrofas admirables que no pueden comprenderse si no se vislumbra la magnitud del amor:

... Vivo sin vivir en mí,
y tan alta vida espero,
que muero porque no muero.

Podríamos multiplicar los ejemplos; ¡qué maravillas ha producido el amor en los Santos!

Ese amor ha sido movido e inspirado por el Espíritu Santo. Cuando el Paráclito toma la Caridad —que es su imagen— y la aviva, la convierte en un incendio, la transforma en un volcán. El amor hace maravillas; por eso, después de que se comienza esta maravillosa transformación que el Espíritu Santo realiza en las almas a los principios de la vía iluminativa, la oración cambia enteramente de carácter.

* * *

Cuando dirigimos nuestra actividad, ponemos en ella nuestro sello de imperfección; cuando el Espíritu Santo toma en sus manos esa misma actividad, le pone su sello divino; el conocimiento se hace intuitivo; ya no es la oración el desarrollo lento de los

razonamientos humanos, que van pasando penosamente de una verdad a otra y escrutando con lentitud los arcanos de la verdad; la mirada es intuitiva, una intuición riquísima; de una manera rápida y profunda, el alma comienza a contemplar las cosas divinas.

Aun en el orden natural, lo supremo en todos los órdenes de nuestros conocimientos es la intuición. El médico que lentamente examina a un enfermo, que estudia sus síntomas, que los compara, que procura penetrar la causa de ellos, puede, sin duda, llegar a un diagnóstico acertado; pero la experiencia nos enseña que hay médicos que por la experiencia que tienen y por la profundidad de su entendimiento, como que en una mirada descubren la situación de un enfermo; se le llama a esto «ojo clínico»: es la intuición.

Cuando el sabio, después de ir lentamente pasando de una verdad a otra, llega por fin a tener esos chispazos de genio, entonces conoce por medio de la intuición lo supremo de la sabiduría: es la intuición del genio.

Y lo mismo acontece en el artista; a las veces, el ideal que lleva en su espíritu lo va poco a poco realizando en el exterior, sobre el lienzo o sobre el mármol; pero su trabajo es lento, está regido por las leyes de nuestro espíritu, que nos hacen ir procediendo con orden, pero con lentitud; mas, de improviso, la intuición lo sobrecoge; entonces, con una sola mirada, ve el ideal, y los instrumentos materiales son demasiado toscos para que pueda el artista inspirado realizar exteriormente lo que contempla su espíritu; ha llegado a la cumbre del arte, porque ha llegado a la cumbre de la intuición.

Lo mismo acontece en el orden espiritual; de la vía iluminativa en adelante, los conocimientos del alma se hacen intuitivos; con una mirada simple, y, sin embargo, riquísima, descubre las cosas divinas.

La Esperanza se hace firme y audaz, como lo acabo de decir; de tal manera, que aun cuando penetre en una región desconocida, el alma no teme, ni piensa en su pequeñez, ni la detiene el conocimiento profundo de su miseria; sabe que todo lo puede en Aquel que la conforta, y de una manera decidida va continuando su ascensión espléndida, su ascensión gloriosa, hacia la cumbre del amor de Dios.

Pero, sobre todo, el amor toma otra forma; ya no es el pobre amor humano, lento, inconstante, que a las veces arde y a las veces parece apagarse; no: brota ahora de una manera fácil y espontánea del corazón; no es una llama, es un volcán.

Me imagino que entre el amor de las primeras etapas y el amor que sigue desde que el Espíritu Santo toma posesión plena de nuestra alma, hay la diferencia que puede experimentarse entre sentir el calor de un cuerpo ígneo y sentir que nosotros mismos ardemos y nos convertimos en fuego. Verdaderamente en fuego se ve convertida el alma cuando el Espíritu Santo mueve la Caridad.

Entonces es fácil comprender cómo la oración se transforma; el espíritu tiene intuiciones, la esperanza sé fortifica y el corazón tiene explosiones de amor. El alma, en verdad, va penetrando en un mundo nuevo y desconocido...

4. LAS ORACIONES PASIVAS Y LOS DONES INTELLECTUALES

Al llegar el alma a la vía iluminativa —decíamos— entra en un mundo nuevo y desconocido. Hay, sin embargo, que advertir que no por eso se sustrae el alma a las leyes del tiempo. No es de un día a otro como se alcanza la santidad; necesitan correr los años. Lentamente el alma va penetrando por esas moradas de luz, lentamente va ascendiendo por esos bellísimos peldaños que conducen a la cumbre.

Primero predomina el don de Ciencia, que transfigura ante los ojos iluminados del corazón el universo entero. Las criaturas no son lo que suelen ser para nosotros en nuestra vida ordinaria; bajo la luz del don de Ciencia, el hombre comprende maravillosamente la vanidad de las cosas de la tierra.

Por eso Francisco de Asís se desposó con la dama Pobreza, por eso arrojó sus vestiduras en las manos del obispo, y dijo: «¡Ahora puedo decir mejor que nunca: *Padre nuestro, que estás en los cielos!*». ¡Ah!, es que el don de Ciencia le hizo ver profundamente la vanidad de las cosas de la tierra.

Nosotros, para comprender esta vanidad, discurrimos, buscamos ejemplos, razonamos; pero, a pesar de todo, no llegamos a comprender sino a medias esa vanidad. El don de Ciencia en un instante hace que Francisco de Asís «comprenda lo vanas que son todas las cosas, y lo impulsa a desposarse con la dama Pobreza en santa María de los Ángeles.

Y una vez que el don de Ciencia ha descubierto al serafín de Asís la vanidad de las criaturas, realiza entonces una nueva transfiguración en el universo. Y ante los ojos atónitos de Francisco aparece el universo como una inmensa lira que entona cánticos sublimes a la gloria de Dios...

¿No nos ha llamado la atención esa manera singular que tenía Francisco de Asís de contemplar las criaturas? En todas partes encontraba belleza; por todas partes descubría el vínculo de familia, por decirlo así, que nos une a las criaturas; al agua, al sol, los llamaba hermanos; predicaba a los pajarillos de la selva; andaba quitando los gusanos de los caminos para que no fueran pisados por los viandantes. Pudiera parecer exagerado y ridículo ese procedimiento; no, no es exagerado; es, sencillamente, sublime.

El don de Ciencia transfigura a las criaturas, y al mismo tiempo que descubre su vanidad, nos da a conocer el destello divino de qué habla san Juan de la Cruz cuando dice:

Pasó por estos sotos con premura,
y yéndolos mirando,
con solo su figura
vestidos los dejó de su hermosura.

* * *

Después del don de Ciencia viene otro más perfecto, el don de Entendimiento, que es el don de la penetración, el don de la visualidad, que descubre lo oculto, que penetra en todos los misterios.

Para continuar con ese gran serafín de Asís, el don de Entendimiento lo hacía pasarse las noches extático, repitiendo estas dos palabras: *¡Mi Dios y mi todo!* Nosotros no podríamos encontrar alimento para nuestro espíritu en estas dos palabras arcanas, sino por unos cuantos momentos; Francisco de Asís se pasaba la noche repitiéndolas, porque, por el don de Entendimiento penetraba los divinos arcanos que en esas palabras se contienen.

El don de Entendimiento hace que penetremos el sentido de las Escrituras; que de una manera nueva descubramos a Jesucristo bajo los velos eucarísticos; que sintamos, mejor dicho, que percibamos, de una manera misteriosa, que en nuestro propio corazón vive Dios, y vive como en su Templo.

* * *

Y en las cumbres, cuando el alma ha llegado a la unión, a esa unión que transforma, a esa unión que une con Dios, a esa unión que empieza a realizar la palabra del Apóstol san Pablo: *Qui adhaeret Deo unus spiritus est*, «El que se adhiere a Dios es un solo espíritu con Él», entonces el don más grande y excelente, el don de Sabiduría, hace que se contemplen todas las cosas desde las alturas de la divinidad.

Como dijo muy bien un alma que había llegado a esas cumbres, desde allá se miran las cosas por los ojos del Amado; por los ojos de Jesús se contempla, desde aquella atalaya altísima, todo el universo; es como un trasunto de aquella visión celestial que tienen los bienaventurados cuando miran todas las cosas en la esencia de Dios. Allá es la visión beatífica; aquí, en la tierra, no se llega nunca a esas cumbres; si acaso, algún alma privilegiada, en un caso excepcional y de una manera transitoria; pero sin llegar a la cumbre de la visión intuitiva, por el don de Sabiduría se tiene como un trasunto de la visión de la patria.

* * *

Para completar mi rápida e imperfecta descripción, quiero hacer notar que esos dones intelectuales con los cuales el Espíritu Santo va produciendo diversos grados de oración en las almas pueden aparecer en dos formas.

A las veces, esa luz espléndida de los dones inunda el alma de gozo y de felicidad; hay etapas de la vida interior en las cuales es preciso, por decirlo así, sacudir a las almas para que salgan de su contemplación y puedan cumplir sus deberes terrenos; porque la luz las deslumbra, el gozo las arroba.

Pero hay otras ocasiones en que, por una divina paradoja, la luz de los dones produce una profunda y misteriosa oscuridad en las almas; las grandes desolaciones de la vía iluminativa y de la vía unitiva son fruto de los dones.

Acudamos a otra comparación: Si a una ave nocturna se le expone al sol y es iluminada por los rayos espléndidos del astro rey, el ave nocturna no ve nada; se siente a oscuras, no por falta de luz, sino por exceso de luz. La luz solar directa no puede ser captada por los ojos imperfectos de aquella ave, destinada para vivir en las tinieblas.

Así acontece a las veces a las almas; el esplendor de luz que el Espíritu Santo derrama en ellas hace que no vean sino oscuridad; los ojos intelectuales de esas almas no están adecuados a esos maravillosos torrentes de luz, y necesitan pasar mucho en aquella oscuridad para que los ojos de su alma se vayan adaptando poco a poco, hasta que un día alcancen a percibir aquella luz nueva, y sientan entonces el gozo de la luz y al mismo tiempo la alegría inefable de la vida.

* * *

Estoy seguro de que lo que acabo de decir es algo imperfecto que no alcanza a iluminar la escala magnífica de la oración, por donde las almas suben a la cumbre de la unión con Dios. ¡Ah!, cuando se habla de estas cosas celestiales, nuestros labios balbucientes no pueden decir sino cosas esencialmente imperfectas.

Pienso, sin embargo, que es útil dirigir esta mirada de conjunto; mirar hacia las cumbres y contemplar, aun cuando sea en medio de una niebla misteriosa, esta escala magnífica por donde se llega a la perfección, tiene para nosotros indiscutibles ventajas.

La primera es que glorifiquemos a Dios. En el orden natural, cuanto más se conoce el universo, más se siente el deseo y la necesidad de alabar a Dios. El astrónomo que ha escrutado los misterios del firmamento, el sabio que ha penetrado en las propiedades del mundo infinitamente pequeño, el que estudia el organismo humano, el que ha descubierto las leyes de la psicología de nuestra alma, no puede menos que alabar a Dios, que ha realizado tantas maravillas.

Con mayor razón el que presiente —porque apenas podemos sentirlo—, el que presiente el mundo espiritual; el que ve moradas de luz, cada una más bella, cada una más perfecta, cada una más cercana a la luz indeficiente, no puede menos que alabar a Dios y que presentir o vislumbrar la magnitud de su Sabiduría y la inmensidad de su Amor.

En segundo lugar, el contemplar las cumbres, el darnos cuenta de que el alma que va hacia Dios va subiendo poco a poco y contemplando panoramas de maravilla, impulsa nuestra pequeñez, nos excita, nos estimula para que vayamos dando los pasos lentos que podamos dar en nuestra imperfección, con la esperanza de que algún día lograremos llegar a esas cumbres altísimas.

Así como el viajero va recorriendo con ánimo los tortuosos caminos de la montaña, porque sabe que al llegar a la cumbre va a contemplar un prodigioso panorama, así, quien tiene la idea de las cumbres, se siente animado a caminar por los senderos imperfectos por donde camina.

Sin duda que son todavía áridos, sin duda que son penosos, pero conducen a las alturas. Cuanto más sube el alma, más belleza contempla; mientras más se vaya despegando de la tierra, más se irá acercando al cielo y más la envolverán los divinos destellos de la luz eterna.

Es un estímulo contemplar las cumbres; nos sentimos alentados para caminar por los senderos por donde Dios nos lleva. Y, sobre todo, ese aliento se hace más eficaz si nos damos cuenta que aquellas cumbres no son para almas excepcionales.

Todos estamos llamados a subir hasta arriba; cierto que nuestra imperfección y nuestra inconstancia no nos permiten muchas veces llegar a la cumbre; pero cualquiera que sea la altura a donde lleguemos, es acercarnos a Dios, es sentir en nuestros corazones paz y felicidad, porque eso es la vida espiritual, paz estable y dicha verdadera.

Cuando se mira a los santos con la mirada superficial del mundo, hasta se llega a sentir lástima de ellos: ¡qué triste es vivir con los ojos bajos, haciendo siempre penitencia, negándose muchos placeres, dominando constantemente sus inclinaciones!

Por eso la Escritura pone en los labios de los impíos unas palabras que nos dan a conocer el juicio que se forma de los justos: *Visi sunt oculis insipientium mori: illi autem sunt in pace*, «Los justos parecen muertos a los ojos de los impíos; ¡ah!, pero ellos viven en la paz». Llevan en su corazón el secreto de la felicidad. «El corazón del justo es un festín perpetuo», dice también la Escritura. Y llega un momento en que se realizan las palabras de Isaías: *Yo derramaré como un río de paz en ella*, en Jerusalén; y Jerusalén es el tipo de las almas.

A veces, en los primeros peldaños de la vida espiritual experimentamos esa sensación de paz, cuando hemos limpiado nuestra conciencia, cuando sentimos nuestra alma pura, cuando nos acercamos a la Eucaristía, cuando Jesús penetra triunfalmente en nuestras almas, cuando por un momento se apaga en nuestro corazón el ruido de las pasiones; entonces sentimos la paz, entonces comprendemos el cántico de Belén: *¡Paz en la tierra a los hombres de buena voluntad!*

Pero esta paz va creciendo a medida que vamos subiendo por esa escala que vanamente he intentado describir; poco a poco la paz se va haciendo grande, es un río, es una inundación. Y el alma, en esas cumbres donde encuentra a Dios, encuentra su felicidad y comienza a vivir la vida del cielo.

Por eso todos los Santos han dicho que son felices; por eso Teresa de Lisieux aseguró: *Yo encontré en el mundo la alegría y la felicidad*; por eso san Felipe Neri le

decía al Señor: *Señor, ya no me des más felicidad, porque ya no me puede caber en mi pobre corazón.* ¡Ah!, a los ojos de los necios, los Santos parece que han muerto; pero viven en la paz, han encontrado el secreto de la felicidad...

Que estas consideraciones nos alienten para dejar la tierra y caminar hacia el cielo; que esta mirada, aun cuando sea imperfecta, aun cuando solo nos haga contemplar las alturas envueltas en la misteriosa neblina que las cubre, sea un estímulo para que caminemos por los senderos de la vida espiritual. Primero lo haremos lentamente; pero si somos constantes, nuestros pasos se irán acelerando, iremos subiendo por los flancos de la montaña, cada día nuestra ascensión se irá acrecentando; y un día el Espíritu Santo vendrá y nos tomará con su fortaleza divina y con su amor inefable, y entonces, de claridad en claridad, nos elevará hasta la cumbre, y sentiremos un río de paz en nuestras almas, y encontraremos la felicidad cuando nos adhiramos a Dios y nos hagamos un solo Espíritu con Él.

TERCERA PARTE
PRÁCTICA DE LA ORACIÓN

En los capítulos anteriores he tratado del concepto genuino de la oración, de los principios sobrenaturales que en ella intervienen y de las distintas formas que la oración toma en la escala de la vida espiritual.

Aun cuando estos conocimientos específicos y generales son interesantísimos y útiles para alcanzar la ciencia de la oración, no debemos olvidar que esta ciencia celestial no es una ciencia meramente *especulativa*, sino una ciencia *práctica*; no es, por ejemplo, como la Astronomía, por la cual el sabio contempla maravillado los mundos que flotan en el espacio y descubre las leyes estupendas que los rigen, sino que es una ciencia que se debe practicar, que tiene que transformar nuestra alma y nuestra vida; de manera que, para poderla alcanzar, es indispensable ejercitarse en la oración.

Así como nadie aprenderá jamás a tocar perfectamente el piano si no se ejercita tocándolo, así también nadie podrá aprender la ciencia de la oración si en ella no se ejercita.

Por eso espero —con la gracia de Dios— en este capítulo decir cómo se aprende a orar, cómo debemos ejercitarnos para conseguir de una manera práctica y eficaz esta ciencia importantísima para nuestra santificación.

Para alcanzar la ciencia de la oración se necesitan tres cosas: una *conveniente preparación*, una *aplicación adecuada* y atenta a este ejercicio piadoso, y una *fidelidad constante* para practicarla.

1. PREPARACIÓN REMOTA

Primero, una *conveniente preparación*.

En todas las ramas del saber humano es indispensable una preparación, y a las veces tiene mayor importancia la preparación remota que la próxima. El artista que tiene que ejecutar en un instrumento una grandiosa composición musical necesita con el tiempo haber adquirido la habilidad, la percepción rápida, para poder interpretar lo que está escrito en aquella composición. Para la oración se necesita una preparación remota, y cuanto más perfecta sea esta preparación, más perfecta también será la oración y con mayor rapidez se progresará en ella.

Pudiéramos expresar con una palabra sola lo que significa esta preparación remota: quizá parezca extraño, pero lo que principalmente se necesita para la oración es pureza.

¿No recordamos que en aquel maravilloso sermón de la montaña Jesucristo nos expuso esta doctrina celestial: *Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios?*

Para ver a Dios se necesita tener limpia el alma.

No significa esto que solo pueda hacerse oración cuando se haya llegado a la cumbre de la pureza; significa únicamente que, unificadas la pureza y la oración, cuando más se avanza en la pureza, más se puede avanzar en la oración.

En realidad, toda la vida espiritual se reduce a dos elementos importantísimos: *la purificación y la oración*; la purificación, que va limpiando el alma y todas nuestras facultades; la oración, que va elevando nuestro corazón hasta llevarlo a la cumbre. Y las dos cosas se ayudan: cuanto más purificada está el alma, más comprenderá las cosas divinas, amará con mayor intensidad y se irá elevando por la escala de la oración, y a medida que el alma más se ejercita en la oración y se familiariza con las cosas celestiales, más eficazmente podrá realizar la perfecta purificación de su ser.

Esta pureza tiene varios matices: primeramente, la *pureza de conciencia*. Cuanto más limpia de pecado está el alma, más podrá aprovechar en la oración; cuando el alma está muerta, cuando el pecado mortal ha ennegrecido con sus sombras perversas la imagen de Dios que llevamos en el alma, entonces se puede hacer oración, pero tiene que ser forzosamente una oración imperfecta.

Sí; hasta el pecador puede hacer oración. Jesucristo, cuando en una ocasión nos habló de oración, nos presentó como un tipo de oración agradable a los ojos de Dios la de aquel publicano que se postró sobre el pavimento del templo y que, sintiendo el peso de sus iniquidades y comprendiendo la miseria de su ser, no decía sino estas palabras, que atraían el Corazón de Dios: *Propitius esto mihi peccatori!*, «¡Señor, se propicio a este pobre pecador!». Sin duda que el pecador puede amar, puede humillarse, puede arrepentirse y puede, por consiguiente, hacer oración. Jesucristo dijo al publicano: *Este salió purificado*.

Pero al mismo tiempo sabemos que la oración tiene como inspiradora a la Caridad; para que podamos hacer normalmente este santo ejercicio, necesitamos llevar en nuestros corazones la Caridad, y la Caridad es inseparable de la gracia. Y para que podamos tener esa gracia sobrenatural y divina que el Espíritu Santo derrama en nuestros corazones, es necesario que el pecado haya sido borrado de nuestro corazón.

Cuanto más nos alejamos del pecado, más nos acercamos a Dios; porque Dios es luz, y el pecado, tinieblas; porque Dios es amor, y el pecado, egoísmo. El alma que está sumida en el cieno del pecado, el alma que no ha dominado sus pasiones, sino que siente la tiranía de ellas, indudablemente que no puede comprender las cosas divinas, que no puede sentir ese amor que es el alma de la oración.

San Pablo nos expone de una manera enérgica esta doctrina cuando dice: *Animalis homo non percipit ea quae sunt Spiritus Dei*^[15], «El hombre animal no percibe las cosas divinas». ¿Comprendemos a qué llama el Apóstol con esta terrible expresión: *homo animalis*, «el hombre animal»? Es el hombre que se ha olvidado de Dios, el hombre que ha despreciado hasta su propia razón y que no se gobierna sino por los instintos animales; de tal manera, que, como el hijo pródigo, busca las bellotas que dejan los cerdos. El hombre animal, el hombre contaminado por la sensualidad y por los vicios, no puede percibir las cosas divinas.

Cuanto más se purifica el alma, más se limpian los ojos del espíritu y mejor se pueden conocer las cosas celestiales. Sobre todo, mientras más se limpia el alma, más se acrecienta en el corazón la Caridad, y, por consiguiente, más podemos acercarnos a Dios y tener con Él esas íntimas comunicaciones de la oración.

La primera preparación para la oración es la pureza de la conciencia. Vuelvo a decirlo, esto no significa que solamente podamos dedicarnos a la oración cuando hayamos obtenido la perfecta victoria sobre nuestras pasiones; no, son cosas que se van haciendo simultáneamente, lentamente; al mismo tiempo, el cristiano debe dominar sus pasiones e ir purificando poco a poco su conciencia, y también ejercitándose en la oración. Ya lo dije, estos dos procedimientos espirituales mutuamente influyen uno en el otro. Cuanto más el alma se purifica, la oración se hace más perfecta; cuanto más perfecta es la oración, más eficaz es nuestro trabajo para dominar nuestras pasiones y limpiar nuestra alma.

* * *

Pero no basta purificar el alma del pecado; hay otro matiz de pureza, que es la *pureza del corazón*.

A ella especialmente se ha de haber referido Jesús cuando dijo: *Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios*. El corazón está limpio cuando en el corazón reina como soberano el amor de Dios.

Si escrutamos nuestro corazón, veremos que en él hay una lucha gigantesca de afectos, las distintas formas de amor se oponen y luchan entre sí; a las veces predominan unas, a las veces predominan otras, y muchas veces nuestro corazón está dividido en múltiples afectos.

Cuando el corazón no tiene la santa unidad del Amor divino, no ha encontrado la oración perfecta. No quiere esto decir que el hombre espiritual no deba amar a las criaturas. ¡Ah!, la historia nos lo enseña, no hay corazón más rico de afectos que el corazón de los Santos. Francisco de Asís, en su corazón seráfico, no solamente llevaba el afecto a su Jesús y a todos sus hermanos, sino que también pudiéramos decir que en su corazón llevaba el universo; amaba no solamente al prójimo: amaba también a los seres inferiores. No hay corazón más rico en afectos que el corazón de los Santos.

Pero en ellos, los afectos están debidamente ordenados, forman una jerarquía perfecta; hay entre ellos maravillosa armonía. El amor de Dios es el soberano. ¡Ah!, en todo corazón cristiano debe tener soberanía el amor de Dios. ¿Recordamos cómo expresa la Escritura el precepto del amor de Dios?: *Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con toda tu mente*. ¡Qué derroche para expresar la soberanía del amor de Dios en nuestros corazones! Por encima de todas las criaturas y de todos los seres, tenemos que amar a Dios, tenemos que amarlo sobre todas las cosas.

Pero después de Él hay amores que son compatibles con el amor de Dios, porque son nobles y legítimos; hay amores que el amor de Dios rechaza, porque son viles, porque manchan. En el corazón de los Santos, todos los afectos, vuelvo a decirlo, están íntimamente enlazados con el amor de Dios, forman una jerarquía; pudiéramos decir que no son sino maravillosas prolongaciones del amor de Dios.

San Agustín, que tenía el arte de encontrar fórmulas adecuadas y bellísimas para explicar sus doctrinas, dió de la virtud esta definición maravillosa: *La virtud es el orden en el amor*. ¿Vislumbramos lo que se contiene en esa expresión de San Agustín, «el orden en el amor»?

Un hombre virtuoso es el que ama con orden, es el que ha sabido formar en su corazón la jerarquía de tus afectos, que ha puesto a cada uno de ellos en el lugar que le corresponde; de tal manera, que el corazón del justo es como una maravillosa sinfonía en la que hay muchos sonidos, en la que hay muchas melodías, pero todas ellas se combinan admirablemente para dar la impresión de unidad inefable.

Cuanto más se purifica el corazón, más apta está el alma para comunicarse con Dios. El desorden en los afectos, o, en otros términos, los afectos desordenados de nuestro corazón, son un obstáculo muy grande para la oración.

De ordinario, la inteligencia sigue al corazón, por más que lógicamente el corazón vaya tras la inteligencia. Cuando en el hombre hay un afecto desordenado, ese afecto

inspira un pensamiento y turba sus ocupaciones; imaginémos a un hombre que no piensa sino en el dinero, que lo ama exageradamente en todo y por todo; el afecto que lleva en el alma materializa sus actividades, y no hará más que pensar en el dinero; y cuando quiera ponerse a los pies de Dios para comunicarse con Él, vendrán a su mente las combinaciones financieras y todos los asuntos de sus negocios.

Y el que busca los placeres de la tierra, también tiene su espíritu lleno de imaginaciones, que lo están constantemente convidando a satisfacer los anhelos de su corazón.

En cambio, cuando el corazón está limpio de afectos, se puede más acercarse a nuestro Señor. El hombre limpio de corazón puede ver a Dios, su amor a Dios se engrandece, nada hay que le estorbe contemplar las cosas divinas; el amor que lleva en su corazón es su guía; el orden que hay en todos sus afectos le da la seguridad de que puede entregarse plenamente al santo ejercicio de la oración.

Por eso no basta, para el que quiere ir progresando en la ciencia de la oración, tener limpia de pecados la conciencia; es necesario que vaya limpiando poco a poco de afectos desordenados el corazón.

En este terreno importantísimo podemos hacer mucho; pero hay algo que escapa a nuestra actividad personal, y entonces interviene el Espíritu Santo, y con procedimientos sobrenaturales va realizando la perfecta purificación de nuestro corazón.

* * *

Hay también otra forma de pureza, que es también una preparación remota para la oración, es la *pureza del espíritu*

Lo hemos observado, quizá; cuando nos dedicamos a un asunto serio, cuando aplicamos nuestra inteligencia a un estudio importante, necesitamos abstraernos de todos los pensamientos extraños; hay asuntos que por su importancia requieren toda nuestra atención; hay estudios que es imposible hacer si pululan, por decirlo así, en nuestro espíritu diversos pensamientos; para el estudio, y aun para el mismo trabajo, se necesita cierto recogimiento, cierta pureza espiritual.

Con mayor motivo es necesario, para hacer oración, que haya quietud en nuestra inteligencia y que, por una disciplina conveniente, podamos aplicar todas nuestras facultades al asunto que es propio de la oración.

¿No nos ha acontecido a todos algunas veces que, por algunas preocupaciones que tenemos y por muchas cosas que atraen nuestra atención, al ponernos delante de Dios y después de unos cuantos instantes, nuestro espíritu está muy lejos de Él, está en nuestros asuntos, está en nuestros problemas, está en las cosas que nos atraen?

¡Ah! Es que nuestro espíritu no tiene ese orden, esa pureza que es indispensable para que podamos aplicar nuestra actividad a las cosas divinas y comunicarnos íntimamente con Dios.

Cuando vamos a tratar con una persona un asunto serio, o cuando alguno va a conversar amorosamente con la persona amada, necesita desprenderse de todo lo demás;

el amor o la importancia del negocio realiza el prodigio de que se concentre el espíritu en aquello acerca de lo cual está tratando con la otra persona; así debe ser en el orden espiritual.

Para tratar con Dios, para comunicarnos con Él, necesitamos la pureza del espíritu, que en otros términos es el *recogimiento*; es necesario, cuando nos vamos a comunicar con Dios, dejar afuera nuestros negocios y nuestras preocupaciones; es necesario que en aquellos momentos nuestro espíritu esté limpio de pensamientos extraños, para que pueda concentrarse nuestra actividad en las cosas divinas, para que nuestro corazón pueda entregarse libremente a Dios.

Naturalmente que este recogimiento no es posible conseguirlo de un momento a otro; el recogimiento no se improvisa, como no se improvisa en la tierra ninguna cosa perfecta; no, cuando las almas llegan a tener un profundo recogimiento es porque están muy avanzadas en el camino de la oración. Pero cuando se empieza a recorrer este sendero, y cuanto más se va avanzando en él, es indispensable que las almas se vayan acostumbrando al recogimiento, que aprendan a concentrarse en los asuntos propios de la oración y a desprenderse de todas las preocupaciones terrenas, para que su espíritu pueda ocuparse únicamente de las cosas celestiales.

Esta es la triple preparación remota que se necesita para la oración: *pureza de conciencia*, por el triunfo sobre el pecado; *pureza de corazón*, en cuanto que la virtud haya ordenado nuestros afectos; *pureza del espíritu*, para que tengamos el recogimiento necesario para comunicarnos íntimamente con Dios.

[15](#) I Cor., II, 14.

2. PREPARACIÓN PRÓXIMA

La preparación próxima consiste en ciertos actos, o, si se quiere, en ciertas actitudes que nuestra alma debe asumir cuando se presenta delante de Dios.

Jesucristo nos enseñó en un cuadro, al que ya hice alusión, cuál debe ser nuestra actitud cuando nos presentamos delante de Dios. En el templo de Jerusalén se presentan un fariseo y un publicano; van a orar. Nuestro Señor nos los presenta como dos tipos de oración: el fariseo, infatuado de su propio valer, está en pie y le dice a Dios: «Yo te doy gracias, Señor, porque no soy como los demás —y al ver al publicano—: porque no soy como este pecador; yo pago diezmos, yo ayuno dos veces por semana, yo doy limosnas...».

En cambio, el publicano, postrado sobre el pavimento, decía: «¡Señor, sé propicio a este pobre pecador!».

Y Jesucristo dice: *En verdad, el publicano salió justificado, y no aquel, porque todo el que se exalta será humillado, y todo el que se humilla será exaltado.*

Nuestra actitud delante de Dios se expresa con esta palabra: *humildad*. Es la actitud de la criatura ante la Majestad infinita de Dios. La humildad —dice santa Teresa de Jesús— es la verdad. Ser humilde significa sencillamente conocer lo que somos; el orgullo es un error. ¿De qué podemos gloriarnos y de qué envanecernos, cuando somos polvo y ceniza? El bien que tenemos lo hemos recibido de Dios; lo propio nuestro son nuestras deficiencias y miserias.

La humildad es la verdad, y delante de la Verdad Suprema, que es Dios, tenemos que adoptar la actitud de nuestra verdad propia, que es la humildad; y esa actitud atrae sobre nosotros las gracias y las bendiciones de Dios. En repetidos casos la Santa Escritura nos enseña que Dios da la gracia a los humildes y rechaza a los soberbios. Es una ley que Dios observa en la distribución de sus gracias y de sus dones: los da a los humildes.

Cuando nos vamos a acercar a Él para recibir sus gracias, y sobre todo para recibir la gracia inmensa de comunicarnos con Él, nuestra actitud debe ser la actitud del publicarlo, debemos sentir nuestra pequeñez, nuestra miseria.

Diré de paso que esa actitud arrebatara irresistiblemente el Corazón de Dios. Dios no puede resistir la oración de un alma humilde; ¿no nos enseñó María Santísima que si

Dios hizo en Ella cosas maravillosas y si todas las generaciones la llaman feliz, es porque el Señor contempló la humildad de su Sierva?

La humildad quita el gran obstáculo para que nos acerquemos a Dios, que es la soberbia; la humildad es la llave con que se abren los tesoros de las gracias de Dios.

* * *

Siempre que oremos debemos comenzar por un acto de profunda humildad. Y, juntamente con ese reconocimiento de nuestra miseria, debemos, cuando nos presentamos delante de Dios, sentir, en cuanto es posible a nuestra pequeñez, la grandeza y la Majestad de Dios. Dios es infinito; ¿qué somos nosotros ante su presencia soberana?

Sentir nuestra pequeñez y humillarnos, vislumbrar la grandeza de Dios y *adorarla*, es lo que debemos hacer cuando nos ponemos en contacto con Dios.

Humildad y adoración son las dos actitudes por donde debe comenzar siempre nuestra oración.

* * *

Y luego, *la plegaria, la súplica*. Jesucristo nos ha dicho que todo lo que pidamos en su nombre nos será concedido. Cuando necesitamos los dones de Dios, debemos pedirlos; antes de ponernos en contacto con Dios debemos pedir su gracia; debemos invocar de una manera especial al Espíritu Santo, que es nuestro Santificador, que es el Maestro y el Inspirador de nuestra oración.

Esta es la preparación próxima para la oración: *humildad, adoración, plegaria*.

3. APLICACIÓN ADECUADA

Después de la preparación, ya dije que para aprender esta ciencia divina de la oración es necesaria una *aplicación adecuada* y atenta al ejercicio piadoso que practicamos.

Porque, como hemos visto, hay muchas formas de oración: unas que están íntimamente enlazadas con la distintas etapas de la vida espiritual, y otras que corresponden a nuestras condiciones individuales, a nuestro temperamento, a nuestra mentalidad, a nuestros atractivos espirituales, a nuestra vocación.

No todas las almas pueden orar de la misma manera, y el primer acierto que debemos tener cuando oramos es saber elegir nuestra forma de oración.

Sin duda, para los que comienzan está clara la forma general de oración; pero no hay que olvidar que debemos tener en cuenta nuestras particularidades individuales, para así adoptar nuestra forma de orar. El padre Coloma, en alguno de sus cuentos, nos refiere de un hombre que se presentaba delante de Dios y le decía: *Señor, aquí está Juan*. Esta palabra expresaba perfectamente la actitud de aquella alma.

No todas las almas pueden hacer muchos razonamientos, no todas las almas pueden seguir el hilo de un discurso; para unos, lo importante es discurrir; a otros los atrae un cuadro, un cuadro imaginativo que sea como el guía de sus conocimientos intelectuales. Santa Teresa de Jesús nos refiere que en sus primeros años oraba contemplando las flores y los cielos; contemplando la naturaleza sentía que su alma se elevaba a Dios

No todos tienen la misma forma de oración, y muchas veces los fracasos en esta ciencia divina dependen de que alguno quiere tener una forma de oración que no es la suya. Quien ha llegado a la simplicidad, ¿por qué esforzarse en hacer razonamientos? El que no puede razonar, ¿por qué no tomar otro camino más sencillo? Para llegar a Dios es importantísimo este punto.

Y para que cada quién pueda ver y descubrir cuál es su forma de oración adecuada hay dos caminos: el de la experiencia cotidiana y otro todavía más rápido y más perfecto: acudir a un hábil director que, teniendo en cuenta nuestra propia experiencia, nos señale el camino que debemos seguir. Una vez encontrada nuestra propia forma, debemos poner mucha atención en realizar lo que la oración pide.

* * *

Es importantísimo *el tema* de nuestra oración; de ordinario lo recibimos de otros. En esta ciencia, como en todas las ciencias, se necesitan maestros, y estos maestros son los libros espirituales y convenientes que enriquecen nuestra inteligencia y le presentan temas adecuados para la oración.

Cuando se tiene ya bastante conocimiento de las cosas espirituales, entonces no se necesita propiamente ninguna lectura, sino que basta buscar en su propio tesoro los temas con los cuales se va a tratar con Dios.

Pero esos temas deben ser adecuados a nuestras necesidades; hay ciertos temas tan ajenos a las condiciones en que nos encontramos, que es absolutamente inútil que nos pongamos a meditarlos. Conviene, pues, tener acierto para elegir convenientemente aquellos temas que son los adecuados a nuestras circunstancias.

Pero no debemos olvidar que la oración no es un simple estudio; la oración es una obra de amor. Las consideraciones, las lecturas, son útiles, son ayudas poderosísimas de la oración; pero el secreto de la oración está en nuestro trato íntimo con Dios.

No se va a disertar en la oración; se va, ante todo y sobre todo, a amar; y si se diserta, es porque aquellas disertaciones pueden encender en nuestro corazón el fuego santo de la Caridad.

El mismo aspecto *práctico* es algo *secundario* en la oración; sin duda que la oración influye eficazmente en nuestra vida práctica, sí, pero no debemos considerar la oración como un medio de mejorar nuestra vida —por más que la mejore—, sino que la oración es, ante todo y sobre todo, una comunicación con Dios.

Cuando nos comunicamos con una persona amada, no es por las ventajas prácticas que aquella comunicación nos traiga, por más que nos las pueda traer, sino que nos comunicamos con una persona querida, porque la amamos, porque sentimos una alegría íntima, un gozo perfecto, en comunicarnos con ella.

Así nosotros, al comunicarnos con Dios, debemos, ante todo y sobre todo, satisfacer el amor de nuestros corazones; después viene la parte práctica, sin duda utilísima, pero en cierta manera secundaria.

El fondo, el secreto de la oración, es *el amor*. San Francisco de Sales nos da un concepto maravilloso en su sencillez de la oración. «Orar, nos dice, es acercarnos a Dios con profundo respeto, ciertamente, pero con *inmensa confianza*, con la confianza con que un niño se acerca a la mejor de las madres, y hablarle, hablarle de las cosas del cielo y de las cosas de la tierra; decirle todo lo que tenemos en nuestro corazón, sin dejar nada dentro, y derramar nuestro corazón en su Corazón divino, como se derrama el corazón en el corazón de un amigo». ¿No es dulce y sencillo a un mismo tiempo este concepto de la oración?

Que cada quién tome la forma que le corresponda. que elija el tema que le plazca, pero que nuestra oración sea, ante todo, el acercamiento de un hijo a su Dios, que nos ama con la ternura de una madre. Acerquémonos a Dios con confianza, hablémosle de las cosas del cielo y de las cosas de la tierra, derramemos nuestro corazón en su Corazón.

4. FIDELIDAD CONSTANTE

Por último, la ciencia de la oración exige perseverar constantemente en este santo ejercicio.

Las ciencias mecánicas requieren un ejercicio constante; ¿se podrá dominar cualquier arte cuando el que trata de aprenderlo se ejercita de cuando en cuando en él? El que quiere hacerse «virtuoso» en el piano necesita constantemente tocar aquel instrumento; el que quiere progresar en la pintura necesita tener la suficiente perseverancia para pintar, no de cuando en cuando, sino con la mayor frecuencia posible.

Así son todas las ciencias y todas las artes prácticas; necesitan perseverancia, necesitan ejercitarse constantemente.

Así es también la oración; quien hace oración de mes en mes o de año en año, es imposible que pueda alcanzar la ciencia divina de la oración. Hay que ejercitarse con frecuencia, hay que ejercitarse todos los días; no debía pasar un solo día de nuestra vida sin que nos acercáramos a Dios, siquiera fuera unos cuantos instantes, para hablarle con confianza y con amor y derramar nuestro corazón en su Corazón divino.

«Orad sin cesar», *Sino intermissione orate*^[16], decía el Apóstol san Pablo. ¡Pluguiera a Dios que pudiéramos vivir en una oración perpetua, o, por lo menos, que ejercitáramos esta ciencia divina todos los días de nuestra vida! ¿Por qué no hemos de poder dedicarle unos instantes a Dios, cuando cada día dedicamos mucho tiempo a nuestras actividades, a nuestros placeres, a nuestros negocios, a nuestros amigos?

Dediquémosle a Dios unos instantes para comunicarnos con Él de una manera íntima, para decirle que lo amamos, para escuchar sus consejos, que se nos comunican sin ruido de palabras; para iluminarnos con su luz celestial.

Hay que tener perseverancia en la oración. La práctica enseña que es un poco difícil este santo ejercicio, porque encontramos frecuentemente dificultades para la oración; el demonio tiene un empeño especial en impedirnosla, porque sabe, como viejo y habilísimo tentador, lo que trae entre manos. Nos tolerará otras cosas; no nos tolerará que hagamos todos los días oración, porque, como dijo santa Teresa de Jesús, el que todos los días practica un tiempo de oración tiene asegurada su salvación eterna.

Es imposible tratar con Dios todos los días sin que poco a poco lo vayamos amando más y más; es imposible ejercitarnos todos los días en la oración sin que se vaya

transformando nuestra alma y nuestra vida.

He aquí con la brevedad y la rapidez que el tiempo de que disponemos exige, las tres cosas que debe tener en cuenta quien pretende aprender esta divina ciencia de la oración: una *preparación conveniente*, una *aplicación adecuada* a este santo ejercicio, y una *fidelidad constante* en practicarlo.

Para todo esto debemos tener en cuenta al Espíritu Santo y contar con Él. Él es el gran Maestro de la oración; Él es el que dispone nuestra alma para que podamos comunicarnos con Dios; Él es el que nos ayuda con su gracia para que nos podamos aplicar a tan santo ejercicio; Él es el único que puede darnos la constancia necesaria para que nos ejercitemos siempre en la oración.

Acudamos a Él, aprendamos sus preciosas lecciones, y, bajo su dirección divina, caminemos por estos senderos de la oración. Poco importa que encontremos dificultades, ¿en dónde no las hay? El que tiembla ante las dificultades es incapaz de realizar cualquiera empresa; los audaces son los que encuentran éxito.

Trabajemos bajo la dirección del Espíritu Santo, bajo el esplendor de su luz, bajo el calor de su amor; trabajemos constantemente en prepararnos para la oración, en practicar santamente este ejercicio, y seamos constantes en él, para que, poco a poco, vayamos ascendiendo por esta escala luminosa, que nos llevará a la cumbre excelsa de la Luz divina.

[16](#) I Thes., V, 17.

5. OBSTÁCULOS A LA ORACIÓN. DISTRACCIONES. SUEÑO

Di algunos consejos prácticos en el capítulo anterior, que espero en Dios serán muy útiles para ejercitarnos con provecho en este importantísimo ejercicio de la oración.

Quiero ahora completarlos exponiendo en el presente capítulo algunos de los obstáculos que se encuentran en el camino de la oración y que con mucha frecuencia desconciertan a las almas y las alejan de ese piadoso ejercicio.

El primer obstáculo que en la oración suele encontrarse son *las distracciones*. Con mucha frecuencia, cuando nos acercamos a Dios, cuando llenos de sinceridad y de empeño queremos dedicarnos a estar unos instantes tratando íntimamente con nuestro Señor, la flaqueza de nuestro espíritu hace que nos asalten distracciones; nuestros asuntos, nuestros problemas, nuestros afectos, pueblan de imágenes nuestra imaginación, arrastran al espíritu, y comprobamos después que la mayor parte del tiempo que creímos dedicar a la oración lo hemos perdido en un cúmulo de distracciones; o bien, que aquel tiempo que deseábamos aprovechar santamente, tan solo nos ha servido para entrar en una lucha molesta contra las distracciones que nos acechan.

Este obstáculo, como lo dije ya, desconcierta a las almas y las aleja de la oración; piensan que es preferible rezar oraciones vocales o hacer una lectura espiritual, a estar allí únicamente con el cuerpo delante de Dios, mientras que el espíritu está muy lejos.

Las distracciones son hasta cierto punto inevitables en nuestra pobre naturaleza humana; son unas de tantas miserias que solamente sé pueden corregir cuando se ha llegado a las grandiosas alturas de la contemplación.

Querer orar sin distracciones es algo ilógico. Tenemos una facultad, a la que santa Teresa de Jesús, con mucha gracia y con mucha exactitud, llamaba «la loca de la casa»: la imaginación. En efecto, recorre con extraña rapidez el espacio, viaja a través del tiempo, nos presenta con viveza y con claridad una multitud de imágenes que, como decía, arrastran nuestro espíritu y parecen alejarnos de Dios.

Atar la imaginación es cosa difícil. Sin duda que debemos luchar por ir adquiriendo poco a poco el recogimiento del espíritu; pero alcanzar ese recogimiento —que hace que se aparten de nosotros las distracciones y que podamos aprovecharnos de todos los

instantes para estar delante de Dios— no es cosa fácil; apenas en las altas cumbres de la santidad es donde se llega a estar por completo libre de las distracciones.

Se dice, como algo notable en la vida de san Luis Gonzaga, que, de tal manera estaba este santo recogido, que en una ocasión confesó ingenuamente no haber tenido en su oración, en un período de algunas semanas, sino una distracción equivalente a lo que se tarda en recitar un Avemaría.

La primera conclusión que saco de esta confesión de san Luis es que hasta él tenía distracciones. A pesar de ser tan puro, tan mortificado, tan piadoso, y de haberse ejercitado en la virtud desde sus primeros años, todavía tenía distracciones, y las tenía aun cuando empleaba un procedimiento verdaderamente heroico para combatirlas.

Se refiere, en efecto, que se proponía el santo hacer una hora íntegra de oración sin distracciones, y cuando le venía una distracción volvía a comenzar, y de esa manera oraba tres o cuatro horas hasta que lograba hacer una sin distracciones.

Con este procedimiento, que califico de verdaderamente heroico, todavía el santo angélico llegaba a tener distracciones en la oración; ¿cómo extrañarnos de que nosotros, con nuestras imperfecciones y con nuestras miserias, las tengamos y tan numerosas? No, no debemos admirarnos de eso; debemos, eso sí, procurar evitarlas.

Y las evitaremos si vamos aprendiendo poco a poco a vivir en una atmósfera sobrenatural y a pensar frecuentemente en Dios; las evitaremos sí usamos de todos los medios necesarios para encarrilar nuestra imaginación y para encauzar nuestro espíritu por los senderos de la oración.

Pero no debemos inquietarnos por ellas. Cuando vengan las distracciones en la oración, al darnos cuenta, entonces, suavemente, debemos volver nuestro espíritu a Dios y continuar lo que estábamos haciendo.

No nos admiremos, no nos inquietemos, no nos desconcertemos, no nos alejemos de la oración, porque en ella tenemos esas miserias que son tan propias de la naturaleza humana.

Con toda seguridad que Dios rio mira con malos ojos esas distracciones cuando son involuntarias; Él conoce perfectamente nuestra naturaleza; Él nos ama con ternura y sabe dispensar nuestras deficiencias.

¿Podrá una madre tomarle a mal a su hijo pequeño que cuando le esté hablando, de repente se distraiga el niño porque voló una mariposa, porque oyó un ruido en la calle? Una madre discreta no toma a mal que el niño se distraiga; muy propio de su edad es distraerse. Pienso que la madre sonrío cuando el niño se distrae, y le llama suavemente la atención para que siga escuchando lo que le dice. Así es Dios, o, más bien dicho, es más misericordioso, es más consecuente, es más amoroso que una madre.

Todos nosotros delante de Él somos como niños; y nuestra pobre naturaleza humana, llena de deficiencias, justifica, o explica por lo menos, nuestras distracciones. Nuestro Señor nos mira con amor, sonrío tiernamente cuando, sin nuestra culpa, nos distraemos; y cuando estamos luchando con las distracciones, su Corazón se llena de satisfacción, porque Él comprende que nuestro amor por Él y nuestro deseo de

aprovechar en la vida espiritual nos está haciendo tener los sacrificios necesarios para luchar contra las distracciones.

* * *

A las veces se presenta en la oración otro obstáculo: *el sueño*.

Nos dedicamos a orar, y, cuando menos pensamos, estamos dormidos; juzgamos entonces que aquella oración fué tiempo perdido: ¿qué provecho puedo sacar de estar durmiendo algunos instantes delante del Santísimo Sacramento?

Hasta pensamos que le hemos faltado al respeto y que hemos hecho una cosa indebida; que si es una descortesía dormir delante de una persona con quien se está conversando, ¡cuánto más grave es dormir en la presencia de Dios!

Pero a santa Teresa del Niño Jesús —como ella misma lo confiesa en su maravillosa autobiografía— le pasaba que se dormía a veces cuando estaba dando gracias después de la Sagrada Comunión; y ella le decía a la Superiora: *Lo peor es, Madre, que yo no me preocupo por eso; porque pienso que los niños le agradan a sus padres lo mismo dormidos que despiertos*.

A primera vista pudiéramos pensar que era la salida ingeniosa de una niña ingenua; pero no es así, no es una simple salida; esa doctrina de santa Teresa de Lisieux es sólida, expresa una verdad. Nuestro Señor se complace en que estemos cerca de Él, dormidos o despiertos, naturalmente cuando no ha sido voluntario él que nos domine el sueño.

Vuelvo a acudir al ejemplo de una madre, porque el corazón de una madre es semejante al corazón de Dios, por su ternura y por su condescendencia. Imaginémosnos que una madre tiene cerca de sí a su hijo; y que le habla, y que está conversando amorosamente con él; de improviso, el niño se queda dormido; ¿la madre no se complacerá en tenerlo en su regazo, por más que esté dormido? Más que las palabras que pueden brotar de los labios del niño, más que la impresión que pudiera expresar por lo que le dice su madre, le complace el niño mismo; y ahí lo tiene, y tan hermoso le parece dormido como despierto, y lo ama igualmente cuando está atento a las cosas que ella le dice, que cuando se ha entregado al sueño.

¡Ah! Santa Teresa de Lisieux tenía razón: los niños agradan a sus padres lo mismo dormidos que despiertos; y los padres de la tierra no pueden nunca, no digo superar, ni siquiera igualar en condescendencia, en misericordia, en ternura, a Dios nuestro Señor.

Pero, podríamos decir: Perfectamente; no tomará Dios a mal que me duerma en la oración; pero, ¿qué provecho saco, si en mi oración hay más distracciones y sueño que actos de amor y propósitos santos? Es un tiempo perdido.

No hay que juzgar de la oración con el criterio puramente humano; hay que juzgarla con un criterio superior. El provecho que sacamos de la oración no es simplemente lo que puede hacer nuestra actividad, lo que puedan lograr nuestras facultades; el provecho de nuestra oración es el consuelo que le damos al Corazón de nuestro Señor Jesucristo, es el amor que expresamos, son las gracias que derrama en nuestras almas.

¡Cuántas veces esas oraciones llenas de distracciones son agradables a los ojos de Dios, y Él derrama en nosotros gracias superiores a las que pudiéramos alcanzar con nuestros esfuerzos humanos e inconstantes!

A santa Teresa de Jesús le dijo Dios que le había concedido gracias especiales por un tiempo en que ella durante la oración estuvo luchando contra la aridez y contra las distracciones.

Ni las distracciones ni el sueño deben desconcertarnos ni apartarnos de ese santo ejercicio. Naturalmente vamos a acercarnos a Dios con nuestra naturaleza humana, con todas sus deficiencias y con todas sus miserias; y así como no tomaríamos a mal que en medio de la oración nos pusiéramos a llorar, porque es eso muy propio, sobre todo de ciertos temperamentos demasiado emotivos; así, tampoco nos debe llamar la atención que nos distraigamos o nos durmamos en la oración, porque es una cosa propia de la naturaleza humana.

Pero, a pesar de nuestro sueño y de nuestras distracciones, debemos permanecer allí, cerca de Dios, que siente la sinceridad de nuestro cariño, la sinceridad del empeño que tenemos en progresar en la vida espiritual. Y lo que no podemos hacer por nuestros esfuerzos naturales, Él lo hará con la infusión maravillosa de su gracia y de sus dones.

6. OBSTÁCULOS A LA ORACIÓN. SEQUEDAD. DESOLACIÓN

Hay otro obstáculo, frecuente en la vida espiritual, y que, quizá, más que las distracciones, desconcierta a las almas y las aleja de la oración: son las *sequedades* y *desolaciones* del espíritu.

Hay ciertos momentos en que estamos llenos de fervor y de gozo espiritual; ¿quién no ha experimentado esos estados dulcísimos del alma? En ellos todo es fácil, todo es dulce; es para nosotros un motivo de alegría estar cerca de Dios; vemos todo de color de rosa, y podríamos permanecer mucho tiempo en la presencia de nuestro Señor.

Pero esos momentos no suelen ser muy frecuentes. Hay otras ocasiones en las cuales estamos en una completa aridez; se diría que río podemos formar un buen pensamiento, nada mueve nuestro corazón, somos insensibles a las cosas divinas: ni el infierno nos aterra ni el cielo nos atrae, y el mismo amor de Jesucristo no tiene para nosotros sentido. ¡Qué frecuentes son estos estados en la vida espiritual!

A las veces llegan a grande intensidad, a las veces son menos intensos. Y, sin embargo, y a pesar de todo, es para nosotros un bien tan grande la oración, que por ningún motivo podemos dejarla.

Cuando el alma está árida y precisamente por esa aridez nos desconcertamos, ¿habré hecho algo, por lo que Dios está disgustado conmigo? ¿Me habrá Dios abandonado? ¿Le habré sido infiel? Porque Él es el que ya no me muestra, como en otros días, la ternura de su Corazón.

De todos modos, como es tan penosa la oración en esos días de aridez, dejamos este santo ejercicio y nos dedicamos a otra cosa.

¡Cuántas almas se alejan de la oración precisamente por esos estados de aridez en los que algunas veces se encuentran!

Es natural que haya en la vida espiritual diversos estados de ánimo. En la naturaleza no es posible que todos los días sean espléndidos y llenos de sol; tiene que haber días nublados y días tempestuosos. En nuestra vida humana también tenemos ese tejido de gozos y de penas, esa diversidad, esa multiplicidad de estados; ¿quién es el que permanece siempre en el mismo estado de ánimo? Aun los que tienen el organismo perfectamente ponderado, aun los que viven una vida ordenada y tranquila, no es posible

que estén siempre en el mismo estado; es muy propio de la fragilidad de nuestra naturaleza tener esas vicisitudes.

Esos estados de aridez pueden tener diversas causas. A las veces tienen una causa natural; el estado de salud es muchas veces la explicación suficiente de nuestra aridez; porque está íntimamente unida nuestra alma con nuestro cuerpo.

Enseñan los psicólogos que hasta nuestras facultades superiores, la inteligencia y la voluntad, necesitan del auxilio de las facultades sensibles —que tienen su centro en el cerebro— para poder ejercitarse; de tal suerte que para entender y para amar no basta que esté bien dispuesta la inteligencia y la voluntad, sino que es necesario que estén dispuestos los organismos de las facultades sensibles. En ciertos estados de salud, esos organismos no funcionan debidamente; entonces las facultades superiores están privadas de la ayuda de las inferiores, y viene una aridez, pudiéramos llamarla psicológica, o más bien, fisiológica.

No es que Dios abandone al alma, ni que el alma haya sido infiel; es que la digestión anda mal, o que hay un trastorno nervioso, o que cualquiera cosa del orden natural ha venido a producir ese estado.

En otras ocasiones, los efectos desordenados de nuestro corazón, o simplemente las emociones vivas de nuestra alma, hacen que estemos incapaces para sentir y para gustar las cosas divinas. Cuando tenemos una gran preocupación, cuando hay en nosotros un deseo, una esperanza, o bien un temor, una pena, no estamos en condiciones para que podamos gozar tranquilamente del consorcio con Dios.

Hay, sobre todo, ciertas pasiones en nuestra alma que producen desolaciones; por ejemplo, el amor propio. Cuando el amor propio ha sido herido, entonces aquello absorbe por completo toda nuestra atención, y estamos recordando constantemente las circunstancias en que nos lastimaron; y sentimos una pena, una desazón que nos incapacita para contemplar las cosas divinas o para ponernos en contacto amoroso con Dios.

* * *

Pero hay ocasiones en que esos estados de ánimo —las desolaciones— vienen de Dios y tienen una razón providencial. Porque hasta en la oración y en las cosas más santas muchas veces buscamos nuestro propio gusto. Cuando hay consuelo, estamos encantados de estar delante de Dios; buscamos entonces nuestra propia satisfacción; así como el mundano busca el placer en el mundo, así también las almas piadosas buscan el gozo y el consuelo en los ejercicios piadosos.

Pero no es el gozo lo que debemos buscar. El gozo lo debemos recibir como un don de Dios; el gozo es útil, porque nos estimula, nos alienta, nos tonifica y nos ayuda a hacer ciertos sacrificios necesarios para ir a Dios. Pero no es esa la meta; la meta de nuestros anhelos espirituales está en el cielo; allí sí gozaremos sin medida y sin eclipses, la dicha de los cielos es eterna, la felicidad de la patria es inmutable; eternamente saborearemos un gozo que, después de haberlo experimentado fugazmente, san Pablo

nos dijo: *Ni el ojo vió, ni el oído oyó, ni el espíritu humano es capaz de vislumbrar lo que Dios tiene preparado a los que le aman.*

La tierra no es precisamente para gozar. Monseñor Gay nos expresa en una fórmula bellísima lo que es la vida espiritual: *La vida no es un día de fiesta, ni un día de lucha, sino un día de trabajo y de amor.* No venimos a la tierra ni precisamente para gozar, ni precisamente para sufrir; venimos para amar y para trabajar. Y cuando amamos y trabajamos, a las veces sentimos alegría, a las veces experimentamos dolor; pero las alegrías y los dolores están dispuestos providencialmente por Dios.

Pero a las veces nuestro Señor nos suprime los consuelos, para que con un amor más puro nos acerquemos a Él para que no vayamos a buscar *los consuelos de Dios, sino el Dios de los consuelos.* ¡Cuántas veces los niños, cuando se acercan a una persona mayor y le manifiestan su cariño, al mismo tiempo que pueden ser sinceros tienen el interés de que les den dulces y golosinas! Nosotros somos también como niños delante de Dios: muchas veces le manifestamos a nuestro Señor que lo amamos y nos acercamos a Él; pero en el fondo andamos buscando nuestro propio interés, que nos dé sus dones, que derrame sobre los nuestros sus beneficios, que nos imparta sus consuelos. Y nuestro Señor quiere purificar nuestro corazón; quiere que lo amemos con un amor más puro; y por eso nos suprime el gozo, para que en la pena y en la aridez vayamos a Él, no por egoísmo, sino por un amor más generoso y más abnegado.

Las desolaciones, la aridez del espíritu, no son una prueba de que anda mal nuestra alma, como tampoco los gozos y los consuelos son una prueba de que estamos ya en cumbres muy altas; no; de suyo la vida espiritual no cae plenamente bajo el dominio de nuestra conciencia, es decir, no es cosa que la sintamos. No podemos sentir si tenemos la gracia o no la tenemos; no podemos sentir si subimos o si bajamos; a las veces se nos manifiesta la situación íntima de nuestra alma, pero en otras ocasiones, no; así como hay muchas funciones de nuestros órganos que pasan inadvertidas a nuestra conciencia, sabemos que tal órgano desempeña tal función, porque nos lo dicen los sabios, pero no sentimos esas funciones, escapan a nuestra conciencia.

Por regla general, la vida espiritual escapa a nuestra conciencia, no en el sentido de que no nos demos cuenta de si cometemos una falta o de si practicamos una virtud, no; sino en el sentido de que no tenemos una facultad adecuada que pueda percibir de una manera precisa o por una especie de sensación el estado de nuestra alma.

No sentimos nada, luego está mala nuestra oración; falta lógica. Estamos áridos, luego estamos mal; falta lógica también. No son esas sensaciones las que pueden dar testimonio de nuestro verdadero estado, y, por consiguiente, no nos debemos preocupar cuando sentimos aridez, ni tampoco nos debemos llenar de excesivo gozo cuando nuestro Señor nos da consuelos; consuelo y aridez tienen que haber forzosamente en la vida espiritual.

Nuestro deber, cuando estemos áridos, es manifestarle a nuestro Señor que de veras lo amamos; triste amor, mezquino amor, el de aquel que, al acercarse a la persona amada, si no recibe algunos dones, algunas manifestaciones exteriores de su cariño, se aparta de ella; luego busca los dones, no ama precisamente a esa persona.

Cuando nos acerquemos a Dios y no sintamos que Él nos imparte sus consuelos, entonces es la oportunidad de que le digamos a Dios que lo amamos a Él, no a sus dones, que con tal de estar cerca de Él poco importa que no sintamos consuelo en lo íntimo de nuestro corazón.

Pero, a decir verdad, las arideces, sobre todo cuando tienen ciertos caracteres, constituyen una gracia singular de nuestro Señor. Gracia suya es el consuelo, pero gracia más grande es la desolación.

¿No dije en uno de los capítulos anteriores que los dones del Espíritu Santo, los dones intelectuales, producen en nosotros dos estados, uno de aridez y otro de consuelo? Los dones del Espíritu Santo, como es bien sabido, son como los receptores sobrenaturales de las mociones e inspiraciones del Espíritu Santo. Esto significa que el Espíritu Santo a veces produce consuelos, a veces produce aridez en nuestra alma, y la aridez, como el consuelo, son gracias suyas. Pero tengo para mí que es más benéfica, como gracia, la desolación que el consuelo, porque en esta vida siempre es más meritorio sufrir que gozar.

* * *

En cuanto a la manera cómo debemos portarnos en la aridez y en la desolación, en primer lugar, debemos mirar lo que Dios nos manda como un don suyo, porque como dice el Apóstol san Pablo: *Diligentibus Deum, omnia cooperantur in bonum*, «Todo coopera para el bien de los que aman a Dios». Y nuestro Señor, que conoce perfectamente nuestro corazón y que tiene empeño en que nos santifiquemos, sabe, si se me permite una expresión bastante terrena, dosificar el gozo y la aridez en la vida espiritual para el provecho de las almas. Deber nuestro es aceptar lo que Dios nos manda: aceptar con gratitud el consuelo, aceptar con gratitud la aridez.

En segundo lugar, cuando el alma está árida, debe seguir la regla de san Ignacio de Loyola: *En tiempo de desolación no hacer mudanza*. Si seguimos nuestra inclinación natural, cuando estamos consolados nos gusta prolongar nuestra oración; ¡estamos tan contentos!, y cuando estamos con aridez, entonces tratamos de disminuirla y hasta de dejarla; ¿qué voy a hacer? Si estoy como una roca, mejor me dedicaré a otra cosa.

No; en tiempo de desolación no hay que hacer mudanza, sino continuar la vida que racionalmente nos hemos fijado; si le hemos prometido a Dios hacer tocios los días algún tiempo de oración, debemos perseverar en este santo ejercicio, sea que tengamos consuelo o sea que estemos llenos de aridez: en tiempo de desolación no hacer mudanza.

Y, en fin, es natural que en tiempo de aridez la forma de nuestra oración sea distinta de las otras. En ese tiempo, lo que debe hacer el alma es dirigir a Dios una mirada, a la manera que acá en la tierra una persona que ama está viendo el lugar por donde va a salir la persona amada, y aun cuando no salga, no puede apartar sus ojos de aquel rumbo.

Recordemos cómo el día de la Ascensión del Señor, los Apóstoles, desde la cumbre del monte, vieron desaparecer a Jesús, porque una nube misteriosa lo cubrió; pero no

acertaron a apartar los ojos de aquel rumbo, de aquel lugar misterioso donde Jesús había desaparecido.

Así, el alma, en la aridez, debe dirigir su mirada, en medio de las sombras, hacia Dios; y con esa mirada le dirá que lo ama, que lo busca, que le es fiel, aun en medio de la tristeza y de la aridez en que se encuentra.

* * *

¡Quiera Dios que estas observaciones prácticas que he hecho sean útiles para que aprendamos la ciencia divina de la oración! Cualesquiera que sean los obstáculos que tenga este santo ejercicio, cualesquiera que sean los sacrificios que necesitemos hacer para perseverar en ella, vale la pena vencer esos obstáculos y hacer esos sacrificios; porque el camino de la oración es el camino del cielo.

Santa Teresa de Jesús nos dijo: *Alma que hace oración todos los días, tiene asegurada la salvación eterna.* Y también dijo: *El que no hace oración no necesita demonio que lo tienta; le basta el propio peso de su miseria para ir rodando hacia el abismo.*

Por consiguiente, mañana, en la gran solemnidad de Pentecostés, cuando el Espíritu Santo se difunda en las almas como se difundió en los Apóstoles hace veinte siglos, pidámosle a este Espíritu, que es llamado en la Escritura *Espíritu de gracia y de oración*, que derrame sobre nosotros sus gracias y sus dones, para que aprendamos esa ciencia divina de la oración que es la ciencia del cielo, que es la ciencia de la felicidad.

Que Él nos guíe, que Él nos ilumine, que Él nos fortalezca, que Él llene de amor nuestro corazón, para que seamos constantes en el santo ejercicio de la oración; para que todos los días nos pongamos en contacto con el Espíritu Santo, y por Él, con el Padre y el Hijo; para que a su contacto divino nuestros defectos vayan desapareciendo, nuestra alma se vaya purificando y nuestra vida espiritual vaya creciendo.

De esta manera el alma irá subiendo por esos peldaños celestiales y maravillosos de la oración hasta llegar a la cumbre que Dios nos tiene destinada. Llegar allí es encontrar la felicidad. Llegar allí es encontrar el cielo.

EPÍLOGO

EL ESPÍRITU SANTO, LUZ, AMOR Y VIDA

(En la festividad de Pentecostés)

Aunque muchas veces, en esta serie de capítulos he tenido la íntima satisfacción de hablar de esa obra maravillosa del Espíritu Santo que es la oración, haciendo notar cómo este divino Espíritu es el inspirador y el principio de este santo ejercicio que nos santifica; en este día sacratísimo en que el mundo, lleno de regocijo, conmemora la efusión del Espíritu Santo, que se realizó hace veinte siglos en el Cenáculo, sentimos la necesidad de levantar nuestros ojos para considerar, más que las obras admirables del Espíritu Santo, a la misma divina Persona y fijar en ella nuestros ojos llenos de respeto y de amor.

Quiero, por consiguiente, tratar en este último capítulo del Espíritu Santo; pero para no perder la unidad de los temas que he desarrollado en los anteriores, me propongo mostrar cómo todos los elementos preciosos del orden sobrenatural que en la oración se encuentran tienen su vida en el Espíritu Santo, y cómo de esa Puente perenne e infinita brotan todas las gracias y dones que nuestro Señor nos concede en la oración.

* * *

Por rápida que haya sido la exposición que he venido haciendo acerca de la oración, espero que nos habremos formado un concepto adecuado de ella y que podremos fácilmente discernir los elementos esenciales que constituyen la oración.

La oración es *luz*, es *amor*, es *vida*.

Es *luz* que transfigura ante los ojos de nuestro corazón todo el universo; luz que nos hace percibir, en cuanto es posible en el destierro, las cosas divinas; luz, sobre todo, que nos hace gozar del conocimiento sublime y delicioso de la primera Verdad, la suprema Verdad, la soberana Hermosura y la única felicidad de nuestra alma.

La oración es también *amor* sobre todo amor.

Dije que para aprender a amar es preciso orar, y que al mismo tiempo que la oración es una escala de amor, es un desahogo necesario del amor. Porque el alma siente la inmensa necesidad de intimidad, y la oración es una dulce intimidad con Dios.

El amor es el que nos impele a orar, el amor es el que nos impulsa con su exquisito perfume a este santo ejercicio, y el amor es también el fruto y la consumación de la oración.

La oración es también *vida*, la parte principal de nuestra vida cristiana, lo que se llama vida interior o vida contemplativa, que es lo más excelente de la vida cristiana. ¿No recordamos el episodio de Betania? Marta se quejó con Jesús de que Magdalena la dejaba preparar a ella sola todo lo necesario, mientras Magdalena estaba a los pies del Maestro, contemplándolo y escuchando sus palabras. Jesús le contestó: *Marta, Marta, andas solícita acerca de muchas cosas; en realidad, una sola cosa es necesaria. María eligió la mejor parte, que no le será arrebatada.*

La mejor parte de la vida cristiana es la vida interior. Esta vida es como el preludeo y el anticipo de la vida eterna. La vida interior influye maravillosamente —lo dije en alguno de los capítulos anteriores—, influye maravillosamente en nuestra vida práctica. Y aun la vida apostólica, la vida de celo, la vida que tiende a hacer el bien de las almas —santo Tomás lo ha dicho—, no es sino el desbordamiento de nuestra vida interior.

La oración es vida, y, como en la vida humana, en la oración también hay alegrías y hay penas; en ella sentimos los dulces consuelos que son frutos del Espíritu Santo, y en ella también experimentan nuestras almas las austeras desolaciones, que son gracias exquisitas del Espíritu divino, que nos aprovechan maravillosamente para realizar la obra de nuestra santificación.

* * *

Ahora bien: estos elementos de la oración, *luz, amor y vida*, tienen su Fuente perenne, inagotable y divina en el Espíritu Santo.

En efecto, el Espíritu Santo es *Fuente de Luz*, La Santa Iglesia, en la secuencia de la Misa de hoy, le llama *Lumen cordium*, «Luz de los corazones». Jesucristo, en la última Cena, les dijo a sus Apóstoles que el Espíritu Santo es Espíritu de Verdad y Luz, y que cuando viniera les enseñaría toda verdad. Más aún: expresamente les dijo: *Él os enseñará todo lo que Yo os he dicho; Él os sugerirá todas las cosas que Yo os he enseñado.*

A primera vista pudiéramos decir: ¿No es Jesús la Luz del mundo? ¿No es el Maestro divino de toda verdad? ¿No vino a enseñar maravillosamente a sus discípulos? ¿No hablaba Él —según el testimonio de sus propios enemigos— como nadie había hablado sobre la tierra? ¿Por qué necesitaba Jesús que viniera el Espíritu Santo a enseñar lo que Él había enseñado? ¿Qué significa que el Espíritu Santo sugerirá a los Apóstoles todas las cosas que Jesús les había dicho ya?

¡Ah!, el hecho es innegable. Durante tres años Jesucristo habló palabras de vida eterna; los Apóstoles escucharon esa divina elocuencia de Jesús; fuera de la predicación

general, Jesucristo tuvo con los Apóstoles enseñanzas íntimas, les dijo muchas cosas que no decía a las multitudes, y, sin embargo, después de tres años, los Apóstoles no acertaban aún a comprender la doctrina de nuestro Señor...

Pero el día de Pentecostés, cuando el Espíritu Santo se derramó sobre sus almas, entonces se abrieron los ojos iluminados de su corazón —como dice el Apóstol san Pablo—, y comprendieron todas las maravillas que Jesús les había enseñado. ¿Qué significa esto?

Vuelvo a decirlo: para que la enseñanza de un maestro encuentre eco y comprensión en el espíritu del discípulo, se necesita que haya entre el maestro y el discípulo cierta analogía.

Nosotros podemos comunicarnos unos a otros nuestros conceptos, porque poseemos la misma naturaleza, tenemos un alma semejante, y si un maestro quiere enseñar algo a quienes no están preparados para escucharlo, encuentra incompreensión; podrán retener las fórmulas, pero no aciertan a comprender el sentido.

Para entender las cosas divinas es preciso llevar algo divino en el corazón. Por eso dijo Jesús: *El que es de Dios oye mi palabra; y decía a la multitud: Por eso vosotros no entendéis lo que os digo, porque no sois de Dios.* Se necesita que haya algo divino en nuestra alma para que la palabra de Jesús encuentre eco en ella. Y ese don divino que, por decirlo así, adapta nuestra inteligencia para que podamos percibir la luz divina y comprender las cosas celestiales, lo da el Espíritu Santo, derramándose en nuestra alma.

Jesús es la luz que ilumina. El Espíritu Santo es la *luz de los corazones*, el que íntimamente dispone nuestras almas para que podamos escuchar y comprender las grandes enseñanzas de Jesús. Jesús es la luz del mundo; pero el Espíritu Santo es la luz íntima de nuestras almas.

Por eso esa luz que percibimos en la oración es una luz que tiene su fuente en el Espíritu Santo.

En la oración conocemos a Jesús, pero lo conocemos porque el Espíritu Santo se ha derramado en nuestras almas.

* * *

El Espíritu Santo es también *Amor*; pudiéramos decir, es, sobre todo, Amor.

Es el Amor personal de Dios; conocemos y sabemos que el Espíritu Santo procede del Amor del Padre y del Hijo; amándose estas dos divinas Personas espiran al Espíritu Santo; es el Amor personal de Dios.

En nosotros, el amor es un accidente; noble, excelso, pero accidente al fin; en cambio, en Dios hay un Amor personal, hay una Persona que es el fruto del Amor del Padre y del Hijo, y que los enlaza en unidad inefable.

De este Amor personal de Dios procede todo amor en el cielo y en la tierra. El Espíritu Santo, el Amor de Dios, se derrama en nuestros corazones; y al dársenos, difunde en ellos la Caridad. La Escritura lo dice: *La Caridad de Dios es difundida en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos da.* Él es Amor y produce en

nuestras almas y difunde en nuestros corazones una imagen, un trasunto de Sí mismo, que es la Caridad; un amor sobrenatural, un Amor divino, un Amor preciosísimo.

El Espíritu Santo es, pues, el que enciende en nuestros corazones el amor; Él es el que hace nuestro amor fecundo, el que derrama sus dones y sus carismas celestiales para que podamos llegar a la plenitud del amor.

* * *

Por último, el Espíritu Santo es *vida* y es *vivificante*, Todos los días en él Credo, en él símbolo de la Fe que repetimos en la santa Misa, decimos: *Credo in Spiritum Sanctum, Dominum et vivificantem*, «Creo en el Espíritu Santo, Señor y Vivificador». El Espíritu vivifica, el Espíritu es el que produce en nosotros la vida sobrenatural y divina. Lo acabo de decir: se nos da, y al dársenos, derrama en nuestros corazones la Caridad, que es la vida del alma.

La vida espiritual, a semejanza de la vida humana, está compuesta de gozos y de penas; ahora bien: el Espíritu Santo produce en nosotros los gozos, y también, en cierta manera, las penas y las desolaciones.

Los consuelos de la oración, esos consuelos exquisitos que, como dice el Apóstol san Pablo, *exsuperant omnem sensum*, superan todos los goces de los sentidos, son frutos del Espíritu Santo. Por el Espíritu Santo sentimos esos destellos de la gloria que a veces nos hacen paladear un trasunto de la felicidad de que disfrutaban los bienaventurados en el cielo.

Y es natural que el Espíritu Santo derrame en nosotros el consuelo, porque se llama el Paráclito, el Consolador, y tiene la función divina de consolar nuestras almas en este destierro en que abundan las penas y los dolores. Jesucristo también es Consolador; por eso en la última Cena les dice a sus Apóstoles: *Yo os enviaré otro Paráclito*. Después de su partida nos envió al Espíritu Santo para que continúe consolándonos aquí en la tierra, mientras que llega el instante dichoso en que ya no necesitemos consuelo, porque la mano de Dios habrá enjugado nuestras lágrimas y habrá destruido para siempre la fuente de los sufrimientos de nuestro corazón.

Al mismo tiempo, el Espíritu Santo es también el origen de nuestras penas interiores, de esas desolaciones íntimas de que antes hablé, tan comunes en la oración, tan preciosas para nuestra vida espiritual.

Los mismos dones del Espíritu Santo son el origen inmediato de las desolaciones.

El Espíritu Santo, por consiguiente, influirá para que nuestra alma padezca esos divinos sufrimientos que nos santifican y nos elevan por encima de las cosas de la tierra.

Y no debe llamarnos la atención que el Espíritu Santo nos haga sufrir; quienquiera que presienta el valor inmenso que tienen los sufrimientos, comprenderá por qué Dios quiere que suframos. El Padre celestial, que ama infinitamente a Jesús —como Él mismo dió testimonio en el Jordán, en el Tabor y en el camino de Jerusalén—, el Padre celestial, que ama infinitamente a Jesús, lo entregó a los sufrimientos y a la muerte.

¡Ah!, no comprendemos fácilmente esos amores robustos que sacrifican al amado! Solo entendemos de esos amores fáciles en que el que ama no quiere otra cosa que llenar de gozo y de alegría a la persona amada.

¡Cuando el dolor es un don precioso, cuando en el dolor están la alegría, la vida y la felicidad, entonces el amor sabe inmolar! Por eso el Espíritu Santo fué el que inspiró a Jesús el sacrificio del Calvario. San Pablo nos lo enseña: *Per Spiritum Sanctum semetipsum obtulit immaculatum Deo*, «Por el Espíritu Santo se ofreció a Sí mismo, immaculado, a Dios».

Si el sufrimiento, la cruz, es el secreto de la vida, de la esperanza y de la felicidad; si fué el medio providencial elegido por Jesucristo para redimir al mundo y para santificar las almas, es natural que el Espíritu del Señor, que el Espíritu Santo, derrame también la amargura y las penas en nuestro corazón, porque son preciosas, porque son indispensables, porque en esas penas está el secreto de nuestra santificación y de nuestra felicidad.

* * *

Luz, amor, vida, esos tres elementos de la oración tienen su origen y su divina consumación en el Espíritu Santo, el Espíritu de Verdad, el Espíritu de Amor, el Señor Vivificante.

Por eso, cuando oramos, estamos bajo la dulce inspiración del Espíritu Santo. A las veces dirige desde una grande altura nuestra oración; a las veces, por decirlo así, de una manera inmediata nos mueve y nos inspira para que nuestra oración sea más perfecta y fecunda; de todas maneras, la oración nos une con el Espíritu Santo, la realizamos bajo su inspiración y bajo su mirada.

Y a medida que vamos avanzando en el camino de la oración, nos vamos uniendo más íntimamente al Espíritu Santo, y, por consiguiente, nuestra alma se va llenando de luz, nuestro corazón se va encendiendo en amor, y la vida divina se va difundiendo maravillosamente en todo nuestro ser, realizándose así lo que dice la Escritura: *Qui adhaeret Deo, unus spiritus est*, «El que se adhiere a Dios se hace un solo espíritu con Él».

* * *

En este día sacratísimo, el Espíritu Santo ha descendido, sin duda, a nuestras almas, porque el milagro del Cenáculo se realiza constantemente en la Iglesia de Dios.

Claro está que ahora no recibimos aquellos carismas extraordinarios que recibieron los Apóstoles para que pudieran cumplir la misión divina de evangelizar al mundo; no hablamos distintas lenguas, no tenemos la gracia de las curaciones, ni todas las demás maravillas que el Espíritu Santo realizó en sus Apóstoles hace veinte siglos; pero lo esencial, lo que atañe a nuestra vida interior, el Espíritu Santo, año por año vuelve a realizarlo en nuestras almas, en todas las almas que se han dispuesto para recibirlo.

Hoy ha descendido el Espíritu Santo sobre nuestras almas; llevamos en nuestro pecho su amor, su luz, su vida. No desperdiciemos esos preciosos tesoros.

Para guardarlos, para agradecerlos, para que lleguen a su consumación y a su plenitud, perseveremos en el santo ejercicio de la oración; ahí nos uniremos más y más íntimamente con el Espíritu Santo; ahí este Espíritu Paráclito realizará su obra santificadora y vivificante, y así, de claridad en claridad, nos iremos transformando en la imagen divina de Jesús.

Y un día, en los esplendores del cielo, el Espíritu Santo nos inflamará con su fuego sagrado, y en el seno infinito de Dios gozaremos eternamente de la felicidad...

JERÓNIMO LEAL

*Los primeros
cristianos en Roma*



PATMOS
DERIVOS DE ESPIRITUALIDAD

RIALP

Los primeros cristianos en Roma

Leal, Jerónimo

9788432149252

112 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

A veces se habla de los primeros cristianos como un ejemplo adecuado para los cristianos corrientes de nuestros días: por su naturalidad, su testimonio de fe fuertemente contagiosa, su vida ordinaria en la familia y en el trabajo, como el resto de la gente de su tiempo... En este breve volumen el autor nos descubre cómo era un día corriente en la Roma antigua y cómo vivían su fe aquellos primeros seguidores de Jesucristo, llevando a cabo la hospitalidad cristiana, el trabajo propio de su condición, el descanso y la liturgia, la catequesis y la asistencia social, etc. El texto da a conocer cómo eran los lugares de culto, y dedica una mención especial al papel de la mujer cristiana.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Índice

PRIMERA PARTE. Naturaleza de la Oración	5
1. La vida espiritual es luz	7
2. La vida espiritual es amor	11
3. La oración y la Fe	16
4. La oración y la Esperanza	20
5. La oración y la Caridad	22
SEGUNDA PARTE. Diversas clases de Oración	26
1. La oración y las tres vías	27
2. La oración discursiva, afectiva y de simple mirada	31
3. Las oraciones pasivas y las virtudes teologales	34
4. Las oraciones pasivas y los dones intelectuales	38
TERCERA PARTE. Práctica de la Oración	43
1. Preparación remota	45
2. Preparación próxima	50
3. Aplicación adecuada	52
4. Fidelidad constante	54
5. Obstáculos a la oración. Distracciones. Sueño	56
6. Obstáculos a la oración. Sequedad. Desolación	60
EPÍLOGO. El Espíritu Santo, luz, amor y vida	65